



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**La conquista de Numancia: aspectos
técnicos de los ejércitos romano y celtibérico**

Eric Ortiz de Lejarazu Puertas

Tutor: José Antonio Mínguez Morales

Curso: 2017-2018

LA CONQUISTA DE NUMANCIA: ASPECTOS TÉCNICOS DE LOS EJÉRCITOS ROMANO Y CELTIBÉRICO

RESUMEN

Este trabajo propone un acercamiento al proceso expansionista romano en la Celtiberia en el siglo II a.C., así como un estudio detallado de las similitudes y diferencias principales de sus ejércitos. Se estudian los procesos de la poliorcética romana de la época en *Hispania*, cuyo principal exponente fue el cerco a Numancia, estudiado por Schulten a inicios del siglo XX, pero cuyos métodos de trabajo han sido superados en la actualidad. Para el estudio, se utilizan las fuentes arqueológicas más recientes, aunque también se consideran las fuentes clásicas.

PALABRAS CLAVE: Numancia, tácticas militares, celtíberos, Guerras Celtibéricas, armamento, Escipión Emiliano.

THE CONQUEST OF NUMANTIA: TECHNICAL ASPECTS OF THE ROMAN AND CELTIBERIAN ARMIES

ABSTRACT

This paper suggests an approach to the expansionist process in “Celtiberia” during the second century before Christ. It also proposes a detailed study about the similarities and differences between celtiberian and roman warfare. It is a key the study of the roman camps in *Hispania* of which the most important one would be the siege of Numantia, studied by Schulten in the beginning of the twentieth century. However, nowadays his methods have been surpassed. For this paper, archaeological and classic sources have been used.

KEY WORDS: Numantia, military tactics, celtiberians, Celtiberic Wars, armament, Scipio Emilianus.

ÍNDICE

0. OBJETIVOS Y COMPETENCIAS.....	4
1. INTRODUCCIÓN- LA GUERRA EN LA PENÍNSULA ENTRE LA LLEGADA DE ROMA Y EL EPISODIO NUMANTINO (218-133 A.C.).....	6
1.1. Tratado del Ebro y Segunda Guerra Púnica.....	6
1.2. Primera división provincial: Hispania Citerior y Ulterior. Llegada de Catón a la Península.....	9
1.3. Las Guerras Celtibéricas.....	12
2. ASPECTOS TÉCNICOS DE LA CONQUISTA.....	19
2.1. Los pueblos celtibéricos de la actual provincia de Soria.....	19
2.2. El cerco romano a Numancia.....	19
2.2.1. Comparación de campamentos romanos convencionales y campamentos romanos durante los ataques y el cerco.....	20
2.2.2. Estrategia y tácticas de la República romana.....	25
2.2.3. El combate individual y el armamento romano y celtibérico.....	26
2.2.4. Tácticas de pequeñas unidades. Comparación entre las romanas y las celtibéricas.....	32
2.3. Reorganización de la ciudad y el territorio tras la conquista.....	33
3. CONCLUSIONES.....	35
4. BIBLIOGRAFÍA.....	37
5. ANEXOS.....	41
- GLOSARIO.....	41
- APARATO GRÁFICO.....	43

0.OBJETIVOS Y COMPETENCIAS

Este trabajo pretende establecer una visión lo más detallada posible del expansionismo romano en la península Ibérica durante el siglo II a.C.

y la resistencia de los pueblos celtibéricos, así como de sus similitudes y diferencias principales en las formas de hacer la guerra, estableciendo como centro de dicha resistencia la ciudad de Numancia, de la que se conocen muchos detalles gracias a las fuentes históricas y a las excavaciones arqueológicas. Sin embargo, a pesar de todo aquello que ya se conoce, aún es necesario recorrer un largo camino de estudio e interpretación tanto de los materiales encontrados como de las fuentes. Es por ello por lo que el tema se trata fijándonos más en los aspectos técnicos de la guerra que en la mitificación, que ha hecho de Numancia un tema tan conocido en la Historia.

Para contextualizar el trabajo correctamente, se comentan los hechos acaecidos en la península Ibérica desde finales del siglo III a.C., con el objetivo de facilitar de esta manera la comprensión de los aspectos más controvertidos de la metodología de la guerra que lleva a cabo Roma, desde su choque con la otra gran potencia del Mediterráneo Occidental, Cartago, hasta las Guerras Celtibéricas, que suponen el fin de la independencia de los pueblos celtibéricos frente a Roma.

Se analiza la localización de los pueblos celtibéricos, sobre todo por razones obvias de proximidad, los que habitaron alrededor de la actual provincia de Soria y la zona aragonesa occidental antes de la guerra de conquista romana. Se estudian también las técnicas bélicas más populares de ambos bandos, proporcionando así al lector la posibilidad de imaginar de la manera más exacta posible cómo serían los enfrentamientos. En primer lugar, se desarrolla el tema de la poliorcética romana durante el siglo II a.C. en la Península, resaltando los campamentos que formaron el mítico cerco a Numancia entre los años 134 y 133 a.C. A continuación, se lleva a cabo un pequeño estudio de las tácticas de individuales, de pequeñas y grandes unidades de ambos bandos, con el objetivo de mostrar hasta qué punto eran similares entre ellos. Asimismo, se establece un marco de estudio más limitado para las estrategias que pudieran haberse utilizado, teniendo en

cuenta las dificultades del término y analizándolo de una forma introductoria. Por último, se desarrollan unas valoraciones finales a modo de conclusión del trabajo¹.

¹ El sistema de citación bibliográfica utilizado sigue las pautas de la revista BSAA Arqueología, de la Universidad de Valladolid.

1.INTRODUCCIÓN: LA GUERRA EN LA PENÍNSULA ENTRE LA LLEGADA DE ROMA Y EL EPISODIO NUMANTINO (218-133 A.C.)

1.1. TRATADO DEL EBRO Y SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

La península ibérica fue, desde el siglo III a.C., un territorio de gran interés para las dos potencias que pugnaban por la hegemonía del mar Mediterráneo, Cartago y Roma. Ya a mediados de siglo tuvo lugar un choque entre ambas, la conocida como Primera Guerra Púnica. Finalizó con la victoria romana y, entre otras cosas, obligó a Cartago a retirarse de sus dominios en Sicilia permitiendo así la posterior ocupación romana, sin olvidar el tributo que debió pagar Cartago a Roma. Sin embargo, Roma no había mostrado gran interés por los territorios de la Península, cosa que Cartago aprovechó para o bien establecer relaciones o bien conquistar pueblos ibéricos. De hecho, según estudios recientes (Olcoz y Medrano, 2013: 20) el poder cartaginés en la Península pudo haber sido mucho mayor del que se venía creyendo hasta el momento, llegando así a la conclusión de que probablemente en el año en el que se acuerda el Tratado del Ebro, Cartago controlaba *de facto* la mayor parte de los territorios al sur del Valle Medio del Ebro. El problema de esta afirmación es que no se posee la suficiente información; lo que podemos aseverar con seguridad es que la presencia cartaginesa en la Celtiberia era un hecho, ya que las fuentes estiman que en el 217 a.C. los celtíberos deciden aliarse con Roma para deshacerse del dominio de la potencia africana durante el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, llegando incluso a permitirse una cierta expansión por los territorios aledaños (Olcoz y Medrano, 2013: 25).

Centrándonos más en la cuestión, cabe decir que el Tratado del Ebro demuestra un interés, aunque indirecto, de Roma hacia la Península. Tiene lugar en el 226 a.C.², cuando Roma decide que no quiere arriesgarse a una posible alianza entre los cartagineses comandados por Asdrúbal “el Bello” y los galos cisalpinos, según dice Polibio (2, 13: 5). Este motivo parece válido, ya que poco tiempo después se documenta un ataque a la zona norte de la Italia romana por parte de los galos; por tanto, se puede decir que fue una forma de cerrar un frente para centrarse en otro que ya parecía latente, si aceptamos lo dicho por el historiador romano. Sin embargo, existe también otra fuente romana inestimable: Apiano (sobre todo con su *Iberiké*, capítulo 7), que dice que el principal

² Concretamente, en el período comprendido entre el otoño del 226 a.C. y la primavera del 225 a.C. (Sancho Royo, 1976: 75-76).

motivo del tratado fue el miedo que produjo al Senado romano la expansión cartaginesa por la Península, queriendo establecer pues en el Ebro la frontera que evitaría una expansión de Cartago que se acercase demasiado a los dominios de Roma (Sancho, 1976: 76-78). El gran ganador del pacto, según el punto de vista de la mayoría de estudiosos, fue Cartago; es evidente que Roma se encontraba en una posición poco ventajosa debido a su disputa con los galos, pero lo que más llama la atención es que permitieron a Asdrúbal una suerte de “libre albedrío” para actuar en Hispania, un territorio de enormes dimensiones para la Roma del año 219 a.C. contando incluso con el de sus aliados. Como también parece obvio, el general bárquida aprovechó la situación para ganarse, generalmente por la fuerza, la alianza de las tribus y etnias de la Celtiberia para utilizar sus recursos humanos con el fin de engrosar el ejército, formado por mercenarios y pueblos tributarios de Cartago (Quesada, 2013: 264-267) en su totalidad por aquellos tiempos³.

Por otra parte, este tratado pareció más bien un acuerdo entre el general cartaginés y la embajada que fue enviada por el senado romano aquel año. Esto no es más que una constatación jurídica, pero gracias a la cual podemos comprender los acontecimientos posteriores, que precipitaron el inicio de la Segunda Guerra Púnica (Sancho, 1976: 77-79). Al parecer, Asdrúbal llevó a cabo el acuerdo sin contar con el beneplácito del senado cartaginés; así, cuando Aníbal asedia Sagunto en el 218 a.C., éstos niegan que existiese un pacto previo proporcionando a Roma el *casus belli* perfecto para comenzar sus operaciones en *Hispania*⁴.

Tras los acontecimientos acaecidos en Sagunto, el senado romano decide actuar activamente en la Península. Destaca el hecho de que envían tropas sólo después de la caída de Sagunto; algunos autores defienden que la supuesta ignorancia a la petición de auxilio saguntina se debía a que el senado romano ya había determinado su intención de declarar la guerra a Cartago, pero no tenía un *casus belli* adecuado⁵. Sin embargo, otra

³ A mediados del siglo IV a.C. (ca. 341) el senado cartaginés decidió dejar de utilizar milicias de ciudadanos con pleno derecho (Diodoro 16, 81; también Plutarco, Timol. 28, 11, en Quesada, 2013: 267), propiciando la formación de un ejército mercenario con muchas tropas especializadas, entre ellas los honderos baleares (Gsell, 1918: 331-435, en Quesada, 2013: 267).

⁴ En aquellos momentos Sagunto era aliada de Roma, de ahí que fue el motivo propicio para Roma de corresponder a los deseos bélicos de Cartago, que según las fuentes ya desarrollaba un plan para vencer a Roma. (Olcoz y Medrano, 2013: 20-21).

⁵ Tras el conocimiento del asedio, el senado romano envió embajadas a Cartago, pero según las fuentes lo hizo con la intención de formalizar la declaración de guerra (Olcoz y Medrano, 2013: 22).

línea de interpretación determina que Roma no envió tropas de auxilio a tiempo debido a la lentitud de la que se caracterizaba el Senado a la hora de tomar decisiones.

Dejando a un lado las causas que motivaron la declaración de guerra por parte de Roma, nos centraremos más bien en los movimientos de su ejército por *Hispania*. Para esta empresa, las fuentes clásicas son la principal herramienta de la que se dispone, aunque el desarrollo de la arqueología militar ha arrojado bastante luz sobre las sombras de los detalles tácticos de la guerra, así como del armamento. De hecho, a pesar del inestimable valor de las fuentes clásicas, es necesario aclarar que habitualmente los autores que trataban estos temas en la Antigüedad lo hacían sin método alguno (Quesada, 2003: 164), dando lugar a gran cantidad de vaguedades y errores que sólo pueden ser acotados y corregidos por los conocimientos que nos proporciona la arqueología militar.

Por otro lado, la arqueología militar también presenta sus problemas: en primer lugar, hay que tener en cuenta la dificultad de hallar restos de un posible enfrentamiento bélico a gran escala. Por suerte, en este caso existe el ejemplo de la batalla de *Baecula*, una de las primeras en el marco de la Segunda Guerra Púnica. En este yacimiento se ha encontrado una gran variedad de restos de panoplia militar, que han servido de gran ayuda para un mejor conocimiento del desarrollo de la guerra a finales del siglo III a.C. en la Península. Sin embargo, lo que se encuentra principalmente no son armas completas (cascos, escudos, corazas, espadas...), sino pequeños objetos metálicos que no tienen un gran valor y que no han sido saqueados después de la batalla para reabastecer al ejército vencedor (Quesada, 2015: 313-315 y 315, fig. 2 en Bellón *et alii* (coords.), 2015). Además, no hay que olvidar que, aparte de ese habitual saqueo sistemático por parte de los vencedores⁶ a continuación tenía lugar el saqueo de los locales, que solían llevarse cualquier objeto de escaso valor que no hubiera sido ya recogido. A ello se suma el paso de los siglos y el interés por el coleccionismo ilegal; desde el siglo XIX se han venido recogiendo los restos menos visibles y de menor valor de las campañas militares del pasado: restos de proyectiles, pequeños trazos metálicos de enganche, etc. (Quesada, 2015: 312, fig. 1 en Bellón *et alii* (coords.), 2015). Por tanto, se diría que poco queda de lo que podría haberse encontrado en el hipotético caso de que todo se hubiera dejado tal como quedó después de la batalla. En cualquier caso, ha de utilizarse el estudio de los

⁶ Esto se realizaba habitualmente por varios motivos: primero, el de reabastecer al ejército. Segundo, para evitar que tanto los restos del ejército derrotado como los pueblos locales potencialmente peligrosos se hicieran con armas que pudieran utilizar contra ellos (Quesada, 2015: 312-313 en Bellón *et alii* (coords.), 2015).

restos, comparándolo con las fuentes que nos hablan tanto de armamento como de tácticas militares.

Durante la Segunda Guerra Púnica, es notoria la sucesión de derrotas del ejército romano a manos de los cartagineses, que utilizaban celtíberos entre sus tropas⁷. Tras la batalla de *Baecula*, el otro gran acontecimiento de carácter militar acaecido en la Península es la conquista de la ciudad de *Qart Hadast*, fundación cartaginesa ubicada en la costa sureste, que se convertirá en Cartago Nova, importante puerto mediterráneo romano. Las hostilidades en la Península finalizan en el año 206 a.C., tras la batalla de *Iliipa*, en la que el ejército romano capitaneado por Escipión el Africano vence al cartaginés, al mando de por Magón Barca y Asdrúbal Giscón. A continuación, Escipión realizó diversas alianzas con pueblos celtíberos, asegurando así una paz temporal con los nativos para continuar con sus acciones bélicas. La Segunda Guerra Púnica finaliza con la victoria romana, tras la decisiva batalla de *Zama* en el año 201 a.C. entre los ejércitos romano y cartaginés, y la rendición del senado de Cartago. La victoria romana decide definitivamente qué potencia mediterránea sería la más poderosa; por otra parte, para la Península, supone que Cartago ya no podrá utilizar *Hispania* como fuente de recursos, que tan desesperadamente necesitaba tras la pérdida de Sicilia por su derrota en la Primera Guerra Púnica. Además, ahora Roma aprovecha la situación, comenzando a realizar campañas militares de conquista, propias de su carácter expansionista. En consecuencia, el pulso entre ambas potencias por la posibilidad de explotación de *Hispania* finalizó a favor de Roma.

1.2. PRIMERA DIVISIÓN PROVINCIAL: HISPANIA CITERIOR Y ULTERIOR. LLEGADA DE CATÓN A LA PENÍNSULA.

Tras toda la actividad bélica acontecida en la Península, tuvo lugar una necesidad de organización. Ya existían provincias fuera de Italia: Cerdeña, Córcega y Sicilia; sin embargo, *Hispania* era un espacio de enormes dimensiones en comparación, contando además que se encontraba lejos de la metrópoli. En esta línea, otra decisión de importancia histórica es la división de Hispania en dos provincias. Esto se desarrolla de manera paulatina, primero tras la salida definitiva de Escipión *Africanus* del territorio

⁷ En estos primeros enfrentamientos, ambos generales enviados a la Península caen en combate (Publio y Cneo Cornelio Escipión, padre y tío de Publio Cornelio Escipión Africanus).

dejando tras de sí dos procónsules, cada uno encargado de una parte (Abascal, 2015: 249-251). Al parecer, estos dos personajes se encargaron de gobernar durante siete años, algo excepcional para el tiempo de gobierno que se tenía estimado (Livio, 30, 41, 4 en Abascal, 2015: 249). Este hecho se atribuye a la falta de un criterio único sobre cómo administrar las provincias romanas, que se iban engrandeciendo con el tiempo. Al final, en el año 197 a.C. fueron elegidos seis pretores para completar los mandos de las provincias (Livio 32, 27, 6 en Abascal, 2015: 251). Así, indirectamente Roma muestra que desea tener presencia constante en la Península, enviando regularmente dos pretores, uno para cada provincia (Richardson, 1986: 75).

A pesar de la consabida existencia de dos provincias en el entorno peninsular, presenta dificultades establecer una división clara entre ambas, así como un límite al interior de cada una de las mismas (fig. 1). De hecho, en los últimos años del siglo III a.C. la pacificación estaba lejana de ser una realidad, debido a las continuas sublevaciones de los pueblos íberos de la zona nororiental, que se trataban de zafar del yugo romano. La división de las provincias según la mayoría de estudiosos estaría probablemente delimitada por el río Almanzora (Roldán y Wulff, 2001: 95 en Abascal, 2015: 253). Hacia el interior, sin embargo, no existe un criterio común debido a que al ser un territorio en conflicto no habrían sido planteadas fronteras concretas, dejando abierta la posibilidad de expansión por *Hispania*, como ocurrió. En definitiva, la demarcación provincial que establece Roma es clave para adivinar que a partir de este momento su política se desarrollará en torno a la idea del expansionismo, y ese proceso continuaría por la península ibérica.

En el año 195 a.C. Marco Porcio Catón, conocido por su austeridad y sobriedad, es elegido cónsul de Roma y es enviado a *Hispania* con el objetivo de terminar con un levantamiento del pueblo turdetano, así como de otros pueblos de la zona noreste de la Península (Salinas, 1996: 28). Es interesante observar la estrategia romana en este caso. Aun habiendo dos mandos con *imperium pro consulae*, el Senado envía a un cónsul a la *Hispania Citerior*. Esto quiere decir que los poderes que podía ejercer un procónsul estaban limitados para la situación, y por tanto había que enviar sobre el terreno a alguien con poderes consulares (Richardson, 1986: 76), aunque también puede ser porque no hubiese suficientes tropas para rechazar los ataques e iniciar una campaña de castigo, haciendo necesario un ejército consular, más numeroso. Sin embargo, esto último es una conjetura, ya que Tito Livio no detalla el número de efectivos al mando de G. Sempronio

Tuditano (al mando de la *Citerior*). Richardson (1986: 76-78), basándose en Livio propone que probablemente cada procónsul tenía cerca de 8.000 infantes y 400 caballeros en el momento de una incursión al interior para hacer frente a Culchas y Luxinio, dos reyes íberos, lo que en definitiva significa que sus recursos militares eran bastante limitados. Esto se debía en parte a los problemas que tenían los generales romanos para pactar con las tribus nativas, imposibilitando así un refuerzo de la guarnición con efectivos hispanos, ya sea íberos o celtíberos.

Es necesario aclarar que, después del 206 a.C., las tribus íberas y algunas celtíberas se aliaron en confederaciones para hacer frente a Roma, a pesar de haber sido aliados con anterioridad a esta fecha. Esto es porque creían que su principal benefactor de la alianza, Escipión *Africanus*, había muerto⁸, y por tanto su alianza con el Estado extranjero estaba obsoleta y su presencia en sus territorios injustificada. Probablemente este cambio de parecer de íberos y celtíberos tuvo lugar debido a que comprendieron las intenciones expansionistas de Roma (Quesada, 2009: 194-196) y decidieron que era momento de expulsarlos de Hispania.

Catón, a su llegada, puso en orden la zona al norte del Ebro tras la batalla de Ampurias, encuentro interesante debido a que las fuentes lo describen con gran exactitud, mostrando que el cónsul preparó la batalla considerando al ejército íbero como capaz de establecer batalla campal con posibilidades de victoria (Livio, 34, 14, 6; Apiano, 40 en Quesada, 2009: 202-203). A pesar de ello, no fue suficiente para asegurar el control de la zona, ya que tenían lugar varios levantamientos simultáneamente en las dos provincias, obligando a Catón a dividir el ejército y duplicar el mando (colocando a su pretor Publio Manlio a la cabeza de la otra mitad). Tampoco fue suficiente para acabar con la sublevación, por lo que el mismo Catón, dejando tras de sí grandes guarniciones en posiciones clave para no perder lo recientemente ganado, se dirigió a la Ulterior, donde se encontraba la otra parte de su ejército para unirse a él.

La decisión de Catón, según lo que podemos suponer a partir de la fuente de Livio, que es una fuente menor, ya que los textos de Polibio que tratan el tema se han perdido (Quesada, 2009: 200), es que los turdetanos, pueblo principal de la Ulterior en guerra con Roma, contrataron un ejército de mercenarios celtíberos de unos 10.000 hombres. A ello hay que añadir la continua inestabilidad del territorio, ya que a pesar de las anteriores

⁸ Lejos de estarlo, en aquellos momentos partía de la Península en dirección a Roma, previamente a su campaña final en África.

victorias romanas no se había conseguido garantizar una paz duradera. Al parecer, según las fuentes, turdetanos y celtíberos no estaban unidos en un único campamento, sino que cada uno había montado el suyo; con lo cual, Catón decidió intentar realizar tratos con los celtíberos, a los que consideraba mucho más peligrosos por su tendencia a la belicosidad y su capacidad para la batalla campal, y consideraba relativamente simple sobornarlos (Quesada, 2009: 201). Sin embargo, éstos no aceptaron hacer tratos con Roma, aunque Catón, que era previsor, ya había hostigado lo suficiente a los turdetanos como para calmar la situación. A su regreso a la *Citerior* pasa por la Celtiberia, venciendo continuamente a los pueblos de la zona, no sin antes pactar con los enemigos de éstos para asegurarse la victoria. Posiblemente su paso por los territorios celtibéricos tenía como trasfondo debilitar a las tribus más poderosas para que no fueran capaces de enviar contingentes de mercenarios como el anterior contratado por los turdetanos. Destaca el ataque a la ciudad de *Saguntia*⁹, ciudad que el ejército celtibérico había elegido como almacén de su material bélico (Livio 34, 19: 10 en García Riaza, 2006: 84), útil manera de desestabilizar al contingente enemigo. Así, además, va a poder trazar un mapa más o menos concreto de los pueblos que conformaban la Celtiberia, conociendo a los más poderosos, a los más tendentes al soborno¹⁰, etc., como base para una futura guerra de conquista sobre Celtiberia.

1.3. LAS GUERRAS CELTIBÉRICAS.

Con la partida de Catón de la Península hubo una cierta relajación de tensiones entre los nativos y Roma; sin embargo, la República continuó sus labores de aislamiento de los celtíberos durante los siguientes años, centrándose en la conquista de la Carpetania, al sur del territorio celtibérico, hecho que consiguieron en el año 185 a.C. En el año 181 a.C. tiene lugar una sublevación general de los celtíberos, reflejada según Livio (*Iber.* 40) en una coalición cuyo ejército alcanzaría los 35.000 soldados. Posiblemente esto se debió a que los celtíberos se dieron cuenta del peligro, cada vez más próximo, de los romanos a sus hogares después de la derrota de los carpetanos (García Riaza, 2006: 87). Entre los años 181-179 a.C. la guerra tiene lugar en la zona sur y este de la Celtiberia. En este escenario aparece la figura de Tiberio Sempronio Graco, pretor y propretor durante esos

⁹ Se sitúa en Castillo de Gijón, al sur de Extremadura.

¹⁰ Según las fuentes, los celtíberos eran bastante venales (Quesada, 2009: 201) y ya se habían pasado al bando romano durante la Segunda Guerra Púnica.

años en la Península, que conseguirá hacerse con el control real de la zona, forzando a los celtíberos a firmar un tratado de paz que se mantendrá por casi veinticuatro años. Éste se organizó junto con su homónimo de la Ulterior, Albino, para atacar a los pueblos celtíberos que seguían fuera del control de Roma (García Riaza, 2006: 88). Tras el desarrollo de las campañas, el definitivo choque tuvo lugar en el *Mons Chaunus* (Livio 40, 50, 2 en García Riaza, 2006: 88), cuyo nombre posiblemente hace referencia a la Sierra del Moncayo. Los celtíberos fueron ampliamente derrotados, y ello supuso el fin de su independencia frente a Roma. Graco estableció pues unos tratados muy favorecedores para Roma; de entre las cláusulas destacan el pago de un tributo anual a Roma de cada uno de los pueblos celtíberos, la obligación de proporcionar tropas en tiempos de guerra y la prohibición de fundar nuevas ciudades o de amurallar las ya existentes, de las cuales la última será la causa utilizada por el Senado romano para continuar las hostilidades. Es importante mencionar la fundación de *Graccurris*¹¹, que fue situada sobre otro núcleo celtíbero previo, *Illurcis*. Este tipo de fundaciones se realizarían habitualmente en el contexto expansionista romano.

La siguiente fecha de importancia es el año 154 a.C., momento en el que la ciudad celtibérica de *Segeda* (El Poyo de Mara, Belmonte de Gracián, Zaragoza), capital de los Belos, comienza a realizar labores de ampliación de la muralla, incumpliendo, según el Senado, con el tratado de Graco. Al parecer, la razón de este quebrantamiento la encontramos en que los segedenses estaban reuniendo en torno a la ciudad a todos los habitantes *extramuros*, tanto de forma pacífica como violenta (Jimeno *et alii*, 2017: 100), así como al pueblo de los Titos (Apiano, *Iber.* 34 en Quesada, 2006: 150), lo cual quiere decir varias cosas: que se habían convertido en el pueblo más pujante de la zona después de ciertos conflictos regionales (García Riaza, 2006: 92-93) y que esperaban que Roma iba a reaccionar de manera violenta a su decisión de ampliar la muralla. Ambas razones son clave para comprender los deseos expansionistas de Roma.

En primer lugar, la ampliación de la muralla de una sola ciudad supuso la reactivación de la guerra en Celtiberia, una guerra que continuaría casi sin recesos hasta casi veinte años después, cuando Roma se hizo con el control definitivo del territorio, destacando la destrucción de Numancia como punto de inflexión para la conquista del Alto y Medio Duero. Se podría pensar que Roma utilizó el hecho de la ampliación de la muralla de *Segeda* para terminar con un problema latente que eran los celtíberos,

¹¹ Ubicada en Alfaro, La Rioja.

continuamente referidos como belicosos y muy peligrosos (Livio, 34, 19). Hay que añadir además varios factores, como por ejemplo las facciones enfrentadas en el Senado (partidarios de la guerra expansionista y partidarios de una política italiana, posición más obsoleta después de la Segunda Guerra Púnica), el peligro que suponía para Roma el descontrol de *Hispania* y el interés económico que podía representar para la República. Por otra parte, es necesario apuntar que la Celtiberia no destacaba por sus posibilidades agrícolas y ganaderas. Por tanto, una superposición de factores podría explicar la reactivación bélica del 154 a.C., que comienza con el envío de un ejército consular al mando de Fulvio Nobilior para atacar *Segeda* y detener las obras. A continuación, según las fuentes, los segedenses se enteraron de la llegada de Nobilior con su ejército no habiendo finalizado aún las obras, con lo cual decidieron huir de la ciudad, acudiendo a los numantinos. Éstos les permitieron refugiarse en Numancia, lo que en otras palabras significaba el fin de su neutralidad en las guerras contra Roma. Ésta, al parecer, antes de la llegada de Fulvio Nobilior a Numancia procedió al control de los territorios alrededor del río Jalón y a la instalación de campamentos de apoyo (Jimeno *et alii*, 2017: 102).

Es interesante la primera batalla que tuvo lugar entre el ejército romano y esta alianza belo-arévaca. Caro, jefe recién elegido por la alianza celtíbera, decidió atacar al ejército romano mientras éstos avanzaban en columna de marcha (Apiano, *Iber.* 45, en Quesada, 2006: 150), realizando una emboscada desde una espesura cercana a la ruta seguida por los romanos. En un primer momento se puede pensar que esta maniobra militar es típica de la guerra de guerrillas, pero al consultar los números que da Apiano, unos 20.000 infantes junto con 5.000 jinetes (Apiano, *Iber.* 45, en Quesada, 2006: 150), cabe dudar sobre si esta táctica pertenece o no a esta forma de hacer la guerra. En resumen, en un primer momento los celtíberos llevaron la iniciativa, causando, según Apiano, 6.000 bajas a los romanos (Apiano, *Iber.* 45, en Quesada, 2006: 150-151). Sin embargo, durante la retirada romana y la consecuente persecución de los celtíberos, la caballería romana realizó una maniobra de contraataque causando, según Apiano, 6.000 bajas también a sus enemigos, entre ellos Caro. Con ello se salvó el ejército, que Nobilior tuvo que retirar a un punto estratégicamente ventajoso conocido como la Atalaya de Renieblas (Jimeno *et alii*, 2017: 102).

Esta batalla será conocida como la de las Vulcanalias, ya que tuvo lugar el día 23 de agosto, fiesta romana en honor al dios Vulcano. Son interesantes los comentarios de

las fuentes, coincidiendo en que a partir de aquella dura derrota se evitó entablar combate en esa fecha concreta.

El siguiente encuentro de importancia lo localizamos también en las proximidades de Numancia, en una tentativa de Nobilior de tomar la ciudad aprovechando sus refuerzos, un pequeño contingente de caballería nómada y diez elefantes (Jimeno *et alii*, 2017: 102). En este caso se puede ver de nuevo la predisposición de los celtíberos a presentar batalla en campo abierto. Como cuenta Apiano decidieron salir de la ciudad para enfrentarse a Nobilior y a su ejército. Ambos ejércitos chocaron con violencia, hasta que la ventaja de los elefantes deshizo la columna celtíbera, que se retiró en masa al interior de las murallas. Al parecer, durante el asalto uno de los elefantes se desbandó siguiéndolo los otros, causando bajas importantes a los romanos, cosa que aprovechó la alianza celtíbera para salir de nuevo y dar caza al ejército romano en desbandada (Jimeno *et alii*, 2017: 102).

Poco después, durante el consulado de Claudio Marcelo la estrategia cambia hacia una gestión más pacífica de la Celtiberia. Tras algunos meses de tensiones se consigue una paz duradera que el Senado ratifica en comparación con las anteriores: desde el 151 a.C. hasta el 143 a.C. (Jimeno *et alii*, 2017: 103). Por otra parte, los actos bélicos son desviados hacia Lusitania y el pueblo vacceo, principal aliado económico de los arévacos, de los que recibían la mayoría del grano que consumían (Jimeno *et alii*, 2017: 103-104). En el 141 a.C., se reanuda la guerra entre la Celtiberia y Roma por la alianza de los primeros con los lusitanos como apoyo para repeler los ataques romanos. Sin embargo, lejos de unirse, lo que los hubiera hecho más pujantes en la batalla, se mantuvieron por separado permitiendo a Roma actuar más fácilmente, sin forzar a su ejército a librar la guerra en dos frentes. El siguiente cónsul que ataca de manera directa a la Celtiberia es Quinto Pompeyo, elegido para los años 141 y 140 a.C. (Jimeno *et alii*, 2017: 103-104). Atacó a las ciudades de Numancia y Tiermes (*Nvmantia* y *Termes* en latín), respectivamente, sin éxito. Su siguiente táctica fue la de levantar un cerco alrededor de Numancia, similar a como lo hiciera Escipión Emiliano pocos años después. Sin embargo, su falta de organización y de efectivos provocaron un nuevo fracaso del bando romano. A continuación, se sucedieron las discusiones para un acuerdo de paz, por lo que en el

año 139 a.C. no hubo guerra en Celtiberia¹², aunque el Senado finalmente decide continuar con la misma.

En este momento tuvieron lugar los fracasos más importantes del ejército romano desde la batalla de las Vulcanalias. En el año 138 a.C. Popilio Lennas intentó un nuevo asalto a Numancia, fracasando. Un año después Hostilio Mancino fue derrotado en varias ocasiones, sufriendo pérdidas importantes. Al parecer, refugiado en el viejo campamento de la Atalaya de Renieblas y temiendo una aniquilación completa de su ejército, se rindió con condiciones a Numancia, que negoció con él y lo dejó marchar junto a sus tropas (Jimeno *et alii*, 2017: 104). Este fue un error táctico de los numantinos, que podrían haber destruido un ejército consular completo. Dejando a un lado lo que hubiera podido ser, los hechos indicados por Apiano nos revelan que el Senado decide entregar a su cónsul derrotado a los numantinos, dejándolo en las puertas de la ciudad. Éstos lo rechazan y Mancino regresa a Roma. Los dos años siguientes Numancia no sufre ataque alguno, debido a la desviación romana de los ataques hacia el centro de la Meseta, tierra de los vacceos, para minar los recursos arévacos.

En el 134 a.C. Publio Cornelio Escipión Emiliano es nombrado cónsul por aclamación general del Senado para hacer frente al problema que suponía para Roma la continuada resistencia de los arévacos y de su bastión, Numancia. Escipión Emiliano era considerado como el mejor *strategos* de entre los romanos, habiendo ya mostrado su capacidad en conflictos previos, destacando la Tercera Guerra Púnica y la destrucción de Cartago, simbolizando la victoria final sobre sus contrincantes mediterráneos. Además, era la cabeza del bando beligerante del Senado (Jimeno *et alii*, 2017: 106); su posición política evidencia los actos de los que fue protagonista en la Península. Sus posibilidades militares a su llegada al territorio ibérico eran ciertamente limitadas, ya que no poseía más de 20.000 infantes del ejército regular romano a los que añadió unos 4.000 voluntarios, según Polibio. Junto con las ayudas militares de los pueblos ya sometidos a Roma sumó aproximadamente 50.000 efectivos, siendo necesario instruirlos para convertirlos en una verdadera máquina de conquista romana. Avanzó por la zona del Ebro, dejando tras de sí varios campamentos estudiados por Schulten.

¹² Coincidiendo este año con el asesinato del famoso líder lusitano, Viriato, con lo que se puede especular que este corto período pacífico pudo ser, en parte, una táctica romana para vencer en el frente occidental para después centrarse por completo en los asuntos numantinos.

La primera táctica militar empleada por Escipión Emiliano consistió en atacar a los vacceos (Jimeno *et alii*, 2017: 107), para debilitar la economía arévaca. A continuación, avanzó hasta los alrededores de Numancia, instalando en un primer momento dos campamento-castillos “ribereños”, El Castillejo y Peña Redonda (Jimeno *et alii*, 2017: 107). Cuando aseguró la zona cercó la ciudad con un vallado de estacas de madera y precedidas por un foso, y más tarde levantó un cerco más potente, con otro foso estacado y un muro de piedra conectando los siete campamentos erguidos después de los dos primeros. Esta enorme estructura sirvió, durante un período de once meses, para rendir a los numantinos.

Es curioso el hecho de que se recurriera a esta táctica; en todo momento los arévacos estuvieron dispuestos a presentar batalla en campo abierto, saliendo de la ciudad en varias ocasiones. Sin embargo, Escipión Emiliano no correspondió, considerando más seguro mantener el cerco. Esto evidencia que la capacidad militar de los celtíberos, si no pujante, era lo bastante potente como para que el mejor general romano decidiera evitar hacer la guerra convencional, quizás por temor a ser derrotado en campo abierto. También es cierto que, después de las constantes derrotas de sus predecesores en el cargo es lógico que decidiera cambiar de estrategia. Hay que añadir, por otra parte, que el número de personas (ya no contando hombres adultos capaces de utilizar un arma) que se encontraba dentro de la ciudad sitiada no era mayor de 16.000 (Jimeno *et alii*, 2017: 110).

Después de tratar de levantar el cerco sin éxito en reiteradas ocasiones, tiene lugar un episodio de cierta importancia. Un tal Retógenes, según lo recogido en los textos de Polibio (*Historiae*, 10), consiguió traspasar el cerco con un pequeño grupo con el objetivo de pedir ayuda a los pueblos celtibéricos vecinos, obteniendo el apoyo de la ciudad de *Lutia*, a unos pocos kilómetros de Numancia¹³. A pesar de ello, el consejo de ancianos de la ciudad no estaba de acuerdo por el temor a las posibles represalias de Roma, por lo que informaron a Escipión Emiliano, acudiendo éste con un destacamento y acabando con el pequeño levantamiento cortando las manos de unos 400 jóvenes de *Lutia*.

Tras varios intentos posteriores fallidos de crear una brecha en el cerco y tentativas de batalla rechazadas por Escipión Emiliano, los supervivientes numantinos, agotados después de más de once meses de estrangulamiento, deciden rendirse. Algunos de ellos son vendidos como esclavos o utilizados para el desfile del triunfo de Escipión Emiliano

¹³ Sin embargo, no se conoce su ubicación exacta en la actualidad, sólo conocemos de su existencia a través de las fuentes.

en Roma. La ciudad, según Apiano, es destruida y los territorios aledaños repartidos entre los aliados de Roma de las zonas vecinas, en un reparto organizado por una comisión senatorial que acudió al año siguiente de la victoria romana. Tras la toma de Numancia en el 133 a.C. se considera que la Celtiberia pierde definitivamente su independencia, que ya había comenzado a deteriorarse con la llegada de Cartago a *Hispania* casi un siglo antes.

2. ASPECTOS TÉCNICOS DE LA GUERRA: EL CASO DE NUMANCIA

2.1. LOS PUEBLOS CELTIBÉRICOS DE LA ACTUAL PROVINCIA DE SORIA.

Como hemos comentado anteriormente, el conjunto de pueblos que conforman la Celtiberia comenzó a estar involucrado en los asuntos de las potencias mediterráneas a la llegada a la Península, primero de los cartagineses y luego de Roma. La primera vez que se escribe sobre ellos es en el período de la Segunda Guerra Púnica, ya que participaron más o menos activamente; sobre todo, porque fueron utilizados como zona de leva para ambos ejércitos. Concretamente, la estrategia de ambas potencias para garantizar el apoyo militar de los pueblos celtíberos (e hispanos en general, si añadimos a todo el conjunto de pueblos peninsulares en contacto similar al celtibérico) fue realizar una suerte de alianzas que suponían la superioridad de los cartagineses y romanos respectivamente. Los cartagineses, por su parte, se dedicaron a tomar rehenes de pueblos y ciudades que llevaban a su zona de control directo, esto es, la costa sureste de la Península para custodiarlos, y así obligar a los hispanos a prestarles sus servicios (Olcoz y Medrano, 2010: 311-312). Los romanos, entre otras tácticas, realizarían alianzas con los pueblos “débiles” enemistados con los poderosos, a los derrotaban militarmente y después otorgaban el territorio vencido a estos pueblos inferiores, como hiciera Catón el Cuestor. No obstante, también recurrían habitualmente a la toma de rehenes para asegurarse la fidelidad del pueblo indígena.

La Celtiberia era un territorio geográfico, aunque especialmente su nexo de unión era la cultura, haciendo que se les considerase una etnia (fig. 2, 3). Sin embargo, existían diferentes pueblos, aliados y enemistados, que conformaban el conjunto de la Celtiberia. La información proporcionada por las fuentes es vaga y escasa, pero es importante para fijar un marco de la situación de estos pueblos. Centrándonos en la actual provincia de Soria, primeramente, cabe referirse a los arévacos, citados por los autores clásicos Plinio y Ptolomeo (Lorrio, 2005: 61). Se les ha considerado históricamente como el pueblo más poderoso de la zona y los dueños de la ciudad de Numancia. No obstante, las fuentes también nos hablan de los pelendones, que al parecer se encontraban en la zona arévaca antes que estos, y fueron desplazados a zonas más norteñas, o puede que asimilados por los propios arévacos. A continuación, conocemos otros dos pueblos de la zona, Belos y Titos, que son vecinos. Son mencionados conjuntamente ya que en los episodios de las

Guerras Celtibéricas los primeros habían comenzado a asimilar por la fuerza a los segundos, concentrándose en la ciudad de *Segeda*.

2.2. EL CERCO ROMANO A NUMANCIA.

2.2.1. Campamento romano convencional y campamentos del cerco.

La eficacia de la máquina de guerra romana sólo puede entenderse gracias a la inigualable organización y preparación de sus integrantes, así como la imitación de técnicas militares de civilizaciones o pueblos, que consideraban mejores que las propias, adaptándose y desarrollando a lo largo de los siglos el ejército más potente del Mediterráneo.

Se considera que existen dos tipos de campamentos: aquellos que se instalaban durante los episodios bélicos, con un carácter temporal (llamados *aestiva*), y los que eran levantados en las zonas fronterizas, cuyo carácter era permanente (*stativa*). En Hispania, durante el periodo estudiado encontramos campamentos temporales en su mayoría, destacando los excavados por el científico alemán Schulten durante la primera mitad del siglo XX: Aguilar de Anguita, Cáceres el Viejo... sin olvidar la Atalaya de Renieblas (Quesada, 2006: 75-76) (fig. 4, 5). En todo el territorio hispánico se han realizado excavaciones arqueológicas que han dado luz a diversos campamentos de época republicana (Quesada, 2006: 77, fig. 5), cuyo estudio ha propiciado una buena cantidad de información acerca de cuáles eran las características generales del campamento romano republicano. En época republicana los campamentos ya eran bastante sofisticados y marcaban una diferencia con las formas de acampar de los celtíberos; el origen de los mismos los podemos encontrar en el mundo griego que entró en contacto con Roma, esto es, Pírrico de Epiro. Sin embargo, existe otra propuesta, que es buscar su origen en los etruscos (Blázquez, 1999: 74). Aunque la realidad posiblemente es que los romanos se sirvieron de ambos tipos.

Polibio (*Historiae* 6, 10) describe con detalle el levantamiento de un campamento de la época. El lugar central del mismo era la tienda del general en jefe, colocada en primer lugar, en la posición más ventajosa “para la observación y para transmitir órdenes”. Esta zona central es la intersección entre las dos calles principales, que desembocaban en cuatro puertas principales: *praetoria*, *decumana* y las dos *principales* que se encontraban a los lados (Blázquez, 1999: 88) (fig. 6). A continuación, se llevaban

a cabo una serie de medidas para colocar las tiendas de los tribunos, a los lados de aquella del hombre al mando del ejército. Sucesivamente se encontraban las tiendas de la caballería y después de los *triarii*, *principes*, *hastati* de manera paralela y en posición frontal a las calles, todas con la misma medida en anchura y longitud. De esta manera podían salir de sus tiendas en una situación de emergencia sin confundirse entre ellos y sin atascar la calle principal, pues cada uno tenía su propia calle. Además, entre las tiendas y la improvisada muralla había por lo general una distancia de unos 200 pies, minimizando así cualquier posible daño a las tropas acantonadas en el interior de las mismas si tenía lugar un ataque con instrumentos de guerra complejos (balista o catapulta). Añade Polibio (6, 10) que todo el recinto se asemeja a una ciudad. Los aliados, tanto itálicos como externos, tenían cabida en este espacio; para ello se duplicaban las medidas del campamento, dando así una perfecta armonía al conjunto. Se les colocaba normalmente a los lados de las legiones, esto es, más cerca de la empalizada (Blázquez, 1999: 88). Además, hay dos zonas públicas de importancia: la plaza del cuestor y el mercado, situadas en la zona central del campamento. Por último, la defensa consistía en un foso en primera instancia, seguido de un montículo de arena y piedras extraído del mismo foso, sobre el que se clavaban estacas de madera para cubrir todo el perímetro. En última instancia se solían colocar torreones (generalmente en madera) a los lados de las puertas y en las esquinas.

Con el desembarco de Escipión en Hispania en el 134 a.C., llegan tropas sin experiencia que debieron unirse a las ya acantonadas en la cuenca alta del Duero, bastante desmoralizadas.¹⁴ En este contexto, el historiador Apiano escribe sobre los ejercicios de disciplina a los que sometió el general a los soldados, de los que el principal era el levantamiento y destrucción continuada de campamentos. Durante el proceso, las tropas fueron avanzando hacia el interior de la Península, estableciendo así una ruta de campamentos construidos un año antes del cerco a Numancia. Sin embargo, al tratarse de campamentos *aestiva* la arqueología no ha podido encontrar apenas restos de los mismos, aunque gracias a los textos de Apiano se ha conseguido establecer la ruta seguida por Escipión Emiliano. Éste avanzó por la cuenca del río Ebro, pasando por los núcleos de *Salduie* (Zaragoza), *Alabona* (ciudad vascona de ubicación desconocida), *Turiaso* (Tarazona, Zaragoza) y *Augustobriga* (Talavera la Vieja, Cáceres) de los que sí poseemos

¹⁴ Aparte de las continuas derrotas sufridas, al parecer había muchos que llevaban en Hispania desde el año 140 a.C., cuando tuvo lugar el último reemplazo con Quinto Pompeyo (Sopeña, 2017: 167).

restos arqueológicos (Sopeña, 2017: 170). No obstante, el *strategos* romano no estableció directamente el cerco a su llegada a los montes numantinos, sino que primero tomó la ruta hacia el norte, continuando después por la cuenca del Ebro, para luego descender por la Meseta norte hasta los principales núcleos vacceos. Todo ello, con el objetivo de neutralizar cualquier ayuda del poderoso pueblo vecino de los arévacos. Además, con ello guillotiné el paso de cereal vacceo a Numancia para siempre, e incluso segó el trigo ya espigado, utilizando aquello que necesitó para nutrir a sus ejércitos y destruyendo el resto (Sopeña, 2017: 171).

Después de su paso por territorio vacceo, ascendió hasta *Uxama* para finalizar en Numancia, donde estableció su obra maestra de la táctica de estrangulamiento de un pueblo. En este caso conservamos gran cantidad de indicios arqueológicos que nos permiten desmarcarnos de los escritos descontextualizados de Apiano. Y, aunque se podría pensar que la metodología arqueológica empleada siempre ha sido la adecuada, por desgracia incluso el excavador de Numancia más destacado del siglo XX, Schulten, cometió errores que han dificultado los trabajos posteriores. Por ejemplo, para los campamentos romanos del cerco, al ser tan amplios, sólo se interesó por los edificios principales. Buscaba el inicio de sus muros y una vez encontrado seguía su recorrido hasta excavar el perímetro completo, lo cual evidentemente limitaba la posibilidad de obtener una visión total de cada yacimiento y destruía la estratigrafía del conjunto (Morillo *et alii*, 2017: 180-181).

Los campamentos y fuertes realizados durante el cerco numantino son tema de discusión y generan una gran problemática en cuanto a su cronología debido a la mencionada metodología de Schulten. Al haber desbaratado la estratigrafía, todavía un siglo después hay dudas sobre las verdaderas fechas de campamentos como la Atalaya de Renieblas, con hasta cinco campamentos superpuestos. Por otra parte, no se asemejan totalmente a la descripción polibiana de un campamento romano del momento; por ejemplo, Polibio insiste en que el perímetro del mismo era rectangular. Sin embargo, aquellos que formaban el cerco eran poligonales (Morillo *et alii*, 2017: 180-181, fig. 12-13). Además, hay que añadir que toda la estructura requería de varias fases que no están recogidas en los textos de Polibio referentes a la construcción de un campamento de campaña, aunque sí que son detalladas por Apiano en su relato de la caída de Numancia y los restos arqueológicos son bastante claros en este sentido.

Pese a todo, cabe preguntarse si Escipión Emiliano tenía desde el principio la intención de rendir la ciudad a base de tal dispositivo. De las fuentes clásicas, sólo una (Orosio 5,7, 2-18 en Jimeno y Chaín, 2017: 241) comenta una batalla inicial entre el ejército romano y los numantinos, con un resultado incierto. Por lo tanto, quizás el plan del cerco fue elaborado después de que Escipión discerniese que resultaría difícil vencer en batalla campal a un pueblo muy conocedor de su terreno que ya había derrotado en varias ocasiones a otros mandos militares romanos. Sea como fuere, lo que sí se conoce es que tras su paso por la Meseta llega a los alrededores de Numancia, y al parecer acampa en dos emplazamientos clave, destacados por ser las zonas de mayor altitud y mejor visibilidad con respecto a la ciudad rebelde: Peña Redonda y Castillejo. A continuación, se llevó a cabo la construcción de un foso estrecho en cuyo fondo se hincaban estacas. Éste dispositivo inicial, al que hay que añadir la mitad de las huestes de Escipión Emiliano (unos 30.000 hombres según las fuentes) serviría para contener los ataques de los numantinos. Sin embargo, estos datos los proporciona Apiano y no se han encontrado evidencias de ello, por lo que de nuevo hay que poner en duda la realidad de este hecho. Posiblemente éste era el proceso inicial habitual durante el cerco a una ciudad, como muestra el episodio *César en Alesia*, narrado por el propio Julio César en sus *Comentarios a la Guerra de las Galias* (Jimeno y Chaín, 2017: 241).

Después de asegurar el cerco inicial, defendido por las tropas romanas y sus aliados, tuvo lugar la construcción del cerco definitivo. Éste estaba formado, en un primer momento, por una muralla (*vallum*) construida en piedra. Sus medidas, según Schulten, son de 4 metros de anchura¹⁵ y 3 de altura¹⁶. La estructura de la muralla estaba elaborada con grandes piedras pulidas en sus lados exteriores. Al interior de la misma se le añadían piedras pequeñas, tierra y algún elemento fijador (probablemente mortero). A todo ello se sumaba una escalera de piedras planas para acceder a la parte superior, desde donde los soldados pudieran hacer las rondas y lanzar proyectiles al enemigo en caso de ataque numantino (fig. 7). Delante de la muralla se realizó un foso, como era habitual. Éste llegaba a una profundidad de hasta 6 metros según Apiano, aunque no se ha localizado resto alguno del mismo. Por último, unidas a la parte interior de la muralla se construyeron torres defensivas a 30 metros de distancia unas de otras, dentro de las cuales se colocaron instrumentos poliorcéticos de origen helenístico: balistas, catapultas... (Jimeno *et alii*,

¹⁵ Schulten defendía que las zonas mejor conservadas poseen esta altura (Jimeno y Chaín, 2017: 241-242).

¹⁶ Sin contar con la estructura que servía a modo de parapeto, que según Apiano añadiría 2 metros más (Jimeno *et alii*, 2017: 109, fig. 14).

2017: 108, fig. 13). A continuación de este proceso se construyeron los siete fuertes para acantonar tropas y material, y un “castillo ribereño” formado por dos torreones a las orillas del Duero en el suroeste del complejo. Este castillo no estaba unido a la circunvalación de Escipión, pero cumplía una función estratégica importante: evitaba el paso a nado o en barcas de enemigos entrantes o salientes. Se colocaron tablas de madera con objetos punzantes colgando, disuadiendo así el paso por el río (Jimeno y Chaín, 2017: 242).

Los dos primeros grandes campamentos (Castillejo y Peña Redonda) se incorporaron a la circunvalación, y para ello fueron modificados. En primer lugar, fueron ampliados, para albergar al menos una legión en cada uno de ellos (habiendo dos legiones itálicas para el cerco, este dato tiene bastante sentido). El de Castillejo posee forma poligonal ocupando 7,35 ha (Blázquez, 1999: 91). Su pretorio, además, es más amplio en comparación con el de Peña Redonda; los edificios del mismo, sin embargo, tienen forma de casa griega con peristilo (Blázquez, 1999: 91). En segundo lugar, fueron fortificados, protegiendo las partes más cercanas a la ciudad mediante una muralla con torreones, similar a la que formaba el cerco. Peña Redonda, por su parte, tiene un perímetro de 11 ha, más alargado, que se adapta al terreno sobre el que fue construido, un cerro bastante escarpado.

El resto de fuertes registrados son de menor tamaño (la mayoría menos de la mitad de perímetro que el campamento de Peña Redonda, exceptuando Dehesilla). En el de Valdevorrón Schulten vio 9 Ha de perímetro, pero estudios posteriores han demostrado, por la densidad de materiales encontrados, que su tamaño fue mucho menor, probablemente menos de la mitad (Morillo y Morales, 2015: 286). El fuerte de Molino es el situado más a sur del complejo, y tiene un perímetro casi rectangular. Se encuentra en el punto de unión entre los ríos Merdancho y Duero (Blázquez, 1999: 94) y servía para controlar el transcurso de los mismos. No se encontraron restos de la muralla durante las primeras excavaciones. Sin embargo, en los últimos años se han realizado algunas prospecciones, como la de la empresa Areco, S.L. Arqueología, que realizó sondeos para determinar el camino del *vallum* entre Molino y Dehesilla (Morillo y Morales, 2015: 290). Pocos años antes, en 2003, ya se habían encontrado restos del *vallum*, con unas proporciones de casi un metro de altura y 4,2 de anchura.

Por su parte, el fuerte de Dehesilla ocupa un perímetro de más de 14 ha, y se encontraba a mayor altura (1.050 m.). El *vallum* que Schulten encontró en este fuerte ha

sido refutado en el año 2003, por el Equipo Arqueológico de Numancia (Morillo y Morales, 2015: 290). Sin embargo, un descubrimiento interesante fue el del fuerte escipiónico, situado en la zona más alta del cerro y que se puede observar a simple vista (2016: 288, fig.1).

Por tanto, una vez observados y definidos los campamentos y fuertes de la época tardorrepublicana resulta evidente que la descripción polibiana de un campamento hecho con medidas perfectas se aleja de la realidad. Es cierto que la organización de campamentos era bastante sofisticada ya en este momento, pero no hay que caer en el error de tomar al pie de la letra los textos clásicos. Gracias a la arqueología, en los últimos años, se ha avanzado en la concepción de que los textos pueden ser una guía útil, pero no deben ser incuestionables. En este caso, por ejemplo, podemos llegar a la conclusión de que Polibio pretendía explicar la construcción de semejantes estructuras desde un punto de vista totalmente teórico; sería la idea de la perfección que, no obstante, no puede alcanzarse siempre debido a lo accidentado del terreno hispánico, las complicaciones de las campañas militares y el carácter de los generales romanos (en lo referido a sus inclinaciones estratégico-tácticas).

2.2.2. Estrategia y tácticas de la República romana.

Roma, como Estado, poseía en ese momento una estructura económica, política, social y militar de alto nivel, lo que la convertía en la potencia del Mediterráneo, pues ya había demostrado su superioridad sobre Cartago y conquistaría Grecia poco tiempo más tarde. En el mundo militar entenderíamos por estrategia la organización de los ejércitos tanto en campaña como fuera de ella, junto a la regulación del conjunto de labores relacionadas con el desarrollo de una campaña militar, esto es, la logística, las formas de acantonamiento, etc. Todo ello era elaborado y estudiado por el Senado; sin embargo, existe la figura del general como también estudioso de estos aspectos, el *strategos*. Éste solía estar supeditado a las decisiones del Senado; de hecho, normalmente era el cónsul, entonces se le podría considerar como una extensión del mismo en el ambiente militar. Por otra parte, no se conoce con exactitud cómo se desarrollaría la organización de todos estos aspectos organizativos en relación con el ejército, ya que los restos arqueológicos son inexistentes en este sentido, y las fuentes, si lo hacen, solo nos ofrecen vagas informaciones. Sin embargo, sí que podemos afirmar que en el caso de las Guerras Celtibéricas la estrategia se encaminaba en un sentido claramente expansionista. Como se puede observar a través de fuentes y arqueología, es evidente que Roma fue superior a

su rival celtíbero, pero esto no tuvo lugar porque el legionario romano estuviese mejor equipado o luchase más ferozmente que el celtíbero, sino porque su conjunto de estrategias era ampliamente superior en todos los sentidos (organización general de los ejércitos, logística y acantonamiento de mayor calidad, etc.) y su concepto de la guerra era muy diferente: Roma concebía la guerra como un factor necesario para alcanzar un interés, mientras que los celtíberos tenían una visión más tribal (honor, protección del hogar, etc.)¹⁷.

Por su lado, las tácticas se centran más en la propia campaña militar, en cómo se organizaba el ejército durante todo el proceso bélico. En un contexto centrado en la hueste militar, podemos destacar dos tipos de tácticas: de pequeñas y grandes unidades (Quesada, 2003). Las tácticas de pequeñas unidades son aquellas centradas en los cuerpos menores del ejército, en el caso romano las centurias y los manípulos. Las grandes unidades las conformarían los grandes grupos militares, ya sea uno o varios ejércitos. Las tácticas de pequeñas y grandes unidades romanas vendrán explicadas y comparadas con los cuerpos similares celtíberos en los siguientes puntos.

2.2.3. El combate individual y el armamento romano y celtibérico.

Para una mejor comprensión del desarrollo de las guerras en Hispania en el siglo II a.C., es necesario en primer lugar analizar las formas de combate individual de ambos bandos. Esto significa conocer el armamento utilizado y sus formas de uso durante un acto bélico. Hay dos formas posibles de obtener datos, mediante las fuentes y la arqueología militar. Las fuentes, como siempre, son válidas pero han de complementarse con la arqueología militar; esta última resulta de importancia ya que aporta a los investigadores información de que carecen si se basan por entero en las fuentes. Esta información “extra” puede ayudar, por ejemplo, a determinar qué tipo de espadas utilizaban los romanos en Hispania durante la época estudiada¹⁸.

Quesada (2003: 164), basándose en diversos autores (Goldsworthy, 1996: 219; Sabin 2000: 11; ambos utilizando a Marshall 1947: 53-55 en Quesada, 2003: 164) establece que existe un “marco de prioridades” que tiene el soldado durante la lucha, de las que la primera y más importante es la supervivencia. Sobrevivir implica hacer todo lo

¹⁷ El conjunto de estrategias de la República romana, así como del mundo celtíbero, son temas de gran complejidad que están siendo actualmente estudiados, por lo que nos limitamos a dar las claves más básicas.

¹⁸ Es objeto de debate el famoso *gladius hispaniensis*, cuyo nombre ha dado lugar a teorías que actualmente están siendo revisadas.

posible para no caer en combate; así ayudaría indirectamente al ejército al que pertenece, ya que uno de los objetivos básicos para alcanzar la victoria es inutilizar¹⁹ a más hombres que el contrario, lo que implica también tener menos bajas en el conflicto. Para ello el soldado debe utilizar los recursos de los que dispone, es decir, sus armas ofensivas y defensivas, e individualmente derrotar a sus contrincantes con un correcto uso de las mismas, siempre adaptándose a la propia organización de su ejército. En el caso romano se conocen ampliamente las técnicas individuales y el armamento utilizado, aunque es necesario matizar algunos aspectos para evitar confundir sus características durante la etapa estudiada con las de la época del principado, que han sido tan mitificadas y reproducidas que han dado lugar a anacronismos. El estereotipo que viene a la mente es el de un soldado con un casco ferroso brillante con orejeras y largo cubrenuca, una coraza de láminas superpuestas, un gran escudo rectangular, un *gladius* y un *pilum*. El ejército romano sufrió cambios a lo largo del tiempo alcanzando etapa mejor uniformada con Augusto, y durante el siglo II a.C. tenía un aspecto algo diferente al de su edad de oro. De hecho, nunca llegó a haber una estandarización tal como imaginamos viendo el arco de triunfo de Tito o la Columna Trajana (fig. 8). En realidad, cada soldado portaba aquella armadura que podía permitirse; algunos de ellos llevaban las viejas armaduras de sus predecesores hasta que fueran inútiles (Zerbini, 2014: 114).

El escudo romano más habitual era de forma rectangular sin esquinas, lo que en consecuencia le daba un aspecto ovalado. Era estrecho, unos 74 centímetros de anchura y elaborado con dos tablas de madera ensambladas. Aun así, era bastante alto, alrededor de 118 centímetros (Zerbini, 2014: 129). Verticalmente y en el centro tenía una espina metálica proyectada hacia fuera, lo que le daba un uso también ofensivo²⁰, aparte del defensivo, que consistía en desviar los golpes de cualquier arma ofensiva, desde una flecha o lanza hasta espadas. El escudo, o *scutum*, tenía además reforzados los bordes con remaches metálicos que evitaban que la madera se pudriese al clavarlo en tierra (Zerbini, 2014: 129-130). Otros autores, sin embargo, nos definen este escudo como rectangular en forma de teja, como se suele tener en mente cuando se habla de la época del principado (Quesada, 2003: 175). Lo que es cierto es que contemporáneamente a la Segunda Guerra Púnica ya se data el uso de este segundo escudo. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que el *scutum* era el arma defensiva más importante de los legionarios romanos, ya que

¹⁹ Entiéndase por herir o matar en el campo de batalla.

²⁰ Este uso ofensivo consistía en utilizar dicha espina para golpear al enemigo.

su gran tamaño y relativa facilidad de manejo²¹ convertían en secundario el uso de otros elementos defensivos, como las grebas, el escudo o la armadura. En primer lugar, su tamaño permitía cubrir el cuerpo si el legionario se colocaba en posición lateral. A continuación, era utilizado como elemento desequilibrador del enemigo (Quesada, 2003: 175), es decir, se utilizaba muy dinámicamente para apoyar y complementar la principal arma ofensiva, la espada.

Por su parte, los celtíberos también utilizaban un escudo oval, de similares proporciones al romano, y se usaba también con carácter ofensivo, o al menos, para complementar sus armas ofensivas. Sin embargo, existe otro tipo bastante extendido conocido como *caetra*, de forma circular, de entre 50 y 70 centímetros de diámetro, que se asemejaba bastante al escudo de la infantería ligera romana.

La espada utilizada por los romanos, al igual que el resto de armas, sufrió cambios y adaptaciones diversas. Sin embargo, a nivel general se puede decir que la espada romana era recta y corta, de entre 45 y 70 centímetros, y bastante ancha, generalmente con ambos filos cortantes. El estilo de lucha romano con la espada estaba destinado a pinchar con la punta y cortar con los filos, a la vez que se protegían con *scutum*; era el arma ofensiva principal. Existe un amplio debate en cuanto a qué tipo de espada se usaba en concreto, pero lo cierto es que había varios. Lo más importante, quizá, es recalcar que las espadas de los celtíberos tenían una función semejante (estaba más centrada en el corte o laceración del contrincante). Las espadas celtibéricas datadas de la época pueden resumirse en dos: las de tipo VI y VII. Éstas, a su vez, se asemejan a los dos tipos romanos de época republicana: *xyphos* (fig. 9) y *gladius hispaniensis* (fig. 10). No se conoce con exactitud el momento en el que Roma comenzó a utilizar espadas de tipo ibérico, aunque probablemente comenzaron a adaptar esta arma ofensiva a partir de la Segunda Guerra Púnica, ya que el escenario principal es Hispania, donde entrará en contacto con los celtíberos. Polibio, en su relato de las guerras celtibéricas, indica que la adopción total del conocido *gladius hispaniensis* tiene lugar al final de las guerras, tras la derrota numantina. En realidad, estudios recientes (Quesada, 2006, 1997a, 1997b y Connolly, 1997) nos hablan de una adopción total más temprana, entre el 216 y el 209 a.C. Concretamente sería la adaptación del modelo evolucionado hispano de la espada gala de tipo La Tène I.

²¹ Pesaba entre 6 y 10 Kg.

La razón por la que adaptaron sus armas a la tipología ibérica es que, a nivel de combate individual, un legionario actuaba de forma muy parecida a un soldado celtíbero. Esto nos lo han desvelado las fuentes: Tito Livio, describiendo la batalla de *Hibera* (o *Ibera*), comenta que ambos ejércitos eran similares tanto en número como en categoría de soldados (Quesada, 2017: 216-217), entendiendo por categoría el tipo de soldado, en función de su armamento y su forma de combatir individualmente.

Otra clave sería el uso de las armas arrojadas. En el ejército romano conocemos muy bien su panoplia; las primeras líneas de combatientes, *hastati* y *principes*, solían portar el *pilum* (fig. 11), una jabalina pesada de dos metros aproximadamente, definida por Polibio como un arma de impacto muy potente debido a su peso y a la forma en la que se lanzaba, con un pequeño gancho que amplificaba la distancia a la que podía ser lanzada. Es necesario aclarar que no todos la usaban, y sólo la adoptaron definitivamente todos los soldados romanos durante la reforma de Cayo Mario, que aparte de obligar a cada legionario a portar dos *pila*, redujo la anchura del asta de madera y eliminó algunas de las partes ferrosas del arma; de esta manera se evitaba una reutilización por parte del enemigo, porque después del impacto solía partirse, dejando inútil el *pilum* (Zerbini, 2014: 126), pero era fácilmente reparable en los talleres legionarios (Quesada, 2006: 180-181). A esto se añade el *pilum* de los *velites*, más corto y con una punta que se doblaba al impacto, con el mismo objetivo, la no reutilización por parte del contrario. Los *triarii* no utilizaban *pilum* en esta época, sino que tenían una lanza de gran tamaño llamada *hasta*, remanente de las influencias helénicas en los primeros tiempos del ejército romano, cuando adoptaban estructura de falange, y en cuya organización la larga lanza es el arma ofensiva principal. En general, estos son los tipos más habituales, aunque se puede hablar de diversos modelos de jabalinas que fueron utilizadas por las huestes itálicas, todavía bastante heterogéneas en la época estudiada.

No muy diferentes eran las armas arrojadas habituales entre los pueblos celtíberos. A nivel general, tenían a su disposición un amplio elenco de jabalinas, tanto pesadas como ligeras. La infantería llamada “de línea” utilizaba el *soliferreum* (fig. 12), una jabalina pesada con una punta de hierro con aletas bastante anchas. Esta arma se empleaba como arrojada, es decir, de igual manera que las legiones. Esto nos indica que en cuanto a armas ofensivas secundarias su uso en ambos cuerpos era idéntico, asemejando más ambos ejércitos. Añadimos también el hecho de que, desde la Segunda Guerra Púnica en adelante, los romanos solían abastecerse de armas de este tipo

fabricados en los talleres peninsulares, tanto propios (*Cartago Nova, Tarraco*) como de sus aliados íberos y celtíberos (Quesada, 2006), por el inconveniente de su corto uso²². Esto significa que las coincidencias en cuanto a combate individual y armamento eran tales que los romanos no tenían dificultades para adaptar las armas celtibéricas a sus propios manípulos.

En cuanto a su utilización, la tradición historiográfica considera que los romanos lanzaban sus jabalinas y *pila* al inicio del combate, pero diversos estudios recientes (por ejemplo Zhmodikov, 2000) indican que no se agotaban todas las armas arrojadas al inicio, sino que también se realizaban lanzamientos en salvas durante las fases intermedias de combate. Esta nueva información acerca aún más la forma del uso de las armas en ambos bandos, ya que las fuentes señalan que los celtíberos tenían la costumbre de lanzar sus jabalinas, *pila* y *soliferrea* al inicio y en las fases intermedias de las batallas (Quesada, 2006: 80).

Las protecciones defensivas son objeto de revisión en el caso romano. Tradicionalmente se ha supuesto que el legionario romano republicano portaba un casco, una cota de malla o unas placas metálicas remachadas que le cubría el tronco y unas grebas. Sin embargo, actualmente se han desechado estas generalidades, ya que hablamos de un ejército romano más plural y con más particularidades que su descendiente imperial. Un legionario medio solía llevar casco de bronce de tipo *Montefortino*, aunque algunos, los menos pudientes y los *velites*, llevaban casco orgánico (de fieltro normalmente). En cuanto a la protección del tronco, los legionarios portaban un pectoral metálico que les cubría el centro del pecho. Aquellos que poseían más poder económico llevaban la *lorica hamata* o cota de malla, aunque según Polibio (6, 23, 15) eran minoría; posiblemente hay que pensar en los *triarrii* como los únicos que la portaban. Por otra parte, el uso de las grebas se consideraba generalizado en esta época, pero lo cierto es que no eran tan habituales (Sekunda, 1996); de hecho, algunos sólo poseían una y la colocaban en la pierna izquierda para complementar la defensa del escudo, que no cubría la espinilla. Centrándonos ahora en la infantería de línea celtíbera, las fuentes y restos arqueológicos muestran que el uso del casco estaba menos generalizado que en el caso romano, aunque también utilizaban casco de bronce; en algunos casos tomaban los cascos *Montefortino* de los legionarios caídos, aunque esto es más excepcional. Tenemos un interesante ejemplo en el Museo de

²² Como ya se ha comentado más arriba, las armas arrojadas solían tener un solo uso, y por lo tanto es evidente que Roma necesitó abastecerse de ellas *in situ*.

Valladolid, conocido como el de Pago de Gorrita (fig.13). También utilizaban un pectoral metálico circular, colocado en el centro del pecho, y otros llevaban un pectoral orgánico (se cree que podía ser de cuero, pero es sólo una hipótesis debido a la falta de pruebas arqueológicas).

Los *velites* son considerados aparte, ya que al ser infantería ligera debían llevar la mínima protección posible, con la idea de facilitar los movimientos y velocidad de la tropa. Así, como protección sólo llevaban un escudo circular de unos 90 centímetros de diámetro llamado *parma* y el ya comentado casco orgánico. Un guerrero celtíbero visto como infantería ligera sería similar, con su escudo circular (*caetra*) y probablemente sin protección para la cabeza.

En cuanto a las formas de combate individual, se debe aclarar que la diferencia entre infantería de línea y ligera viene dada por el armamento utilizado y la forma de usarlo. Así, un legionario (considerado como infantería de línea) llevaría el casco y pectoral o cota de malla, junto con el gran escudo oval o de teja, dos *pila* y el *gladius hispaniensis*, mientras que la infantería de línea celtíbera portaría casco y pectoral, escudo oval o circular, *soliferreum*, jabalinas y la espada de tipo La Tène I o alguna otra similar. Por su parte, el *velites* romano llevaría su casco bronceo u orgánico, escudo circular, jabalinas y espada, y el guerrero celtíbero considerado “ligero” llevaría prácticamente el mismo armamento, exceptuando quizá la posibilidad de que no usaran casco. Podemos ver claramente en esta simplificación las similitudes armamentísticas, pero si nos fijamos en su forma de combate individual, observaremos que también se asemejan.

El legionario romano utilizaba, como hemos comentado más arriba, espada para cortar y pinchar y escudo para defender su cuerpo colocándose de lado, y a su vez ofensivamente para desequilibrar al enemigo durante las acciones de cuerpo a cuerpo. Esta forma de luchar requería de bastante espacio entre cada legionario, por ello es necesario imaginar una formación bastante más abierta de lo que se pensaba en las décadas anteriores. Previamente al cuerpo a cuerpo, el legionario lanzaba uno de sus *pila* (o quizás los dos) para “ablandar” la formación enemiga antes del choque (Quesada, 2006: 176). Cuando tenía lugar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, el legionario se defendía de las acometidas de su contrincante colocando su cuerpo de lado, como ya hemos comentado, cubriendo el cuerpo con su gran escudo. Después, lo utilizaba ofensivamente, proyectándolo hacia delante con el objetivo de desestabilizar la posición ofensiva del enemigo, para luego lanzar un tajo lateral horizontal, de atrás hacia delante,

o bien lanzaba una estocada hacia delante. Este trabajo era continuo y metódico, y era una de las fortalezas del legionario romano. Por su parte, las fuentes y la arqueología militar coinciden en que un soldado de línea celtíbero lanzaba su jabalina o *soliferreum* también previamente al choque, y en combate cuerpo a cuerpo solía lanzar tajos laterales como los romanos. Durante los primeros combates, es curiosa la insistencia de las fuentes en la fuerza de estos golpes y en la efectividad de las espadas celtibéricas, describiendo casos de miembros y cabezas de legionarios cercenadas de un solo golpe.

En cuanto a otras influencias armamentísticas, imaginamos que el uso de la daga, tan extendido en la Celtiberia, se restringía sólo a la pérdida o quiebro de la espada. Los romanos comenzarían a utilizar la daga posiblemente después de la toma de Numancia, en un principio como arma exótica; en época augustea podemos ver las similitudes entre la daga biglobular celtibérica y el *pugio* triangular romano, mostrando claramente la influencia hispana en los prototipos itálicos (Quesada, 2005: 10).

2.2.4. Tácticas de pequeñas y grandes unidades. Comparación entre las romanas y las celtibéricas.

De ambos ejércitos, el romano era el que tenía mayor capacidad de acción y reacción, y esto se debe, en primer lugar, a su organización en centurias y manípulos. Esta organización venía siendo utilizada aproximadamente desde la época de las Guerras Púnicas. A modo resumido, el ejército manipular estaba constituido por 30 manípulos, y cada manípulo era dividido en dos centurias, de entre 60 y 80 hombres para *principes* y *hastati* y de 30 para los *triarii* (Quesada, 2003: 170-171). Esta organización permitía que en el campo de batalla las órdenes fueran rápidamente asimiladas y llevadas a cabo, ya que cada centuria estaba a cargo de un centurión, oficial menor que se encargaba de adecuar su grupo al resto del ejército, para una mayor flexibilidad y efectividad. Los celtíberos no contaban con semejante tipo de táctica, aunque debido a los influjos cartagineses sí que tenían algún tipo de jerarquía de mando. Polibio en sus *Historiae* no describe a los celtíberos como a los romanos, por lo que esta posible información se ha perdido, pero podemos suponer que, si los celtíberos sabían colocarse en una formación de batalla coherente y rivalizaban con Roma en los choques, quizás tendrían un sistema de pequeñas unidades. Por otra parte, es lógico que Roma era más potente durante la batalla porque sus centurias eran más efectivas, e incluso se piensa que podían reemplazar a sus tropas agotadas de primera línea por otras de una manera muy inteligente, ya que las fuentes aluden continuamente a ello (Polibio 15,14; Livio 30, 34, 9-12 en Quesada,

2003: 184) y, de hecho, se ha demostrado que un choque normal sólo puede durar como máximo 20 minutos debido al cansancio de los luchadores.

Respecto a las grandes unidades, Roma utiliza el llamado ejército manipular, mientras que los celtíberos también sabían disponer las tropas en campo abierto, en este caso por influencia cartaginesa.

2.3. REORGANIZACIÓN DE LA CIUDAD Y EL TERRITORIO TRAS LA CONQUISTA.

Tras los episodios finales de las Guerras Celtibéricas y la definitiva caída del núcleo numantino, Roma realizó el procedimiento habitual: envió diez senadores para que hicieran una evaluación exhaustiva del territorio y enviaran un informe, y así se decidiría cómo reorganizar el territorio.

En primer lugar, se desplazó a todos los pueblos de la zona del Ebro, en los lugares donde Roma tenía mayor interés político-estratégico. Se crearon nuevas ciudades para ellos, pero manteniendo el nombre de los núcleos primigenios (Jimeno *et alii*, 2017: 115). En segundo lugar, el territorio perteneciente a la ciudad de Numancia fue repartido proporcionalmente a los pueblos aliados de los alrededores, garantizando así que no habría un resurgimiento. La ciudad no mantuvo su estatus, es más, fue totalmente destruida. Roma decidió no rehacerla, ya que la República no tenía un verdadero interés geoestratégico en el lugar, añadiendo el factor del mal tiempo del que se caracterizaba el cerro de Garray. Ambos factores son de cierta importancia, ya que cuando Roma conquistaba una ciudad solía enviar colonos itálicos a repoblarla, obteniendo así la seguridad de la fidelidad de los pobladores. Sin embargo, la comisión senatorial decidió que no era viable enviar colonos a una zona tan inhóspita en comparación con el clima templado mediterráneo al que tan acostumbrados estarían los romanos. Además, es cierto que el cerro tenía valor estratégico, pero tras destruir la ciudad y garantizar que no se reconstruiría Roma había acabado con todo impedimento para continuar su avance al interior de la Península.

El cerro quedó yermo hasta que, durante las Guerras Cántabras, a finales del siglo I a.C., se decidió repoblar. La respuesta está en la vía XXVII del Itinerario de Antonino, utilizada por los romanos para acudir a territorio cántabro. Esta vía pasaba por el antiguo emplazamiento de Numancia, y la repoblación de la ciudad era vital para mantener y enfocar las redes de avituallamiento del ejército, etc., que pasase por dicha vía (Jimeno *et*

alii, 2017: 121). Además, Augusto tuvo la idea de repoblar la ciudad ya que su importancia simbólica era clave para el control de la zona del Alto Duero (Jimeno *et alii*, 2017: 123). Los restos arqueológicos nos indican una continuidad de poblamiento, desde finales del siglo I a.C. hasta finales del siglo III (sin contar con el breve asentamiento visigodo), pasando por la concesión del grado de *municipium* a la ciudad en época flavia.

3. CONCLUSIONES

Los episodios bélicos de Numancia son de gran interés y utilidad para ayudar a conocer con más detalle cómo se desarrollaban las relaciones entre el mundo romano y el celtibérico. Normalmente, como hemos visto, estas relaciones eran violentas. Esta violencia se intensifica durante la segunda mitad del siglo II a.C., pero es necesario conceder la importancia que se merece a aquellos hechos que ocurrieron previamente, desde la Segunda Guerra Púnica hasta el tratado de Graco en el 179 a.C., cuyas condiciones son clave para comprender la reactivación de la guerra en el 154 a.C., que finalizaría con el fin definitivo de la independencia de la Celtiberia, marcado con el fin de Numancia en el 133 a.C.

Durante esta época la República romana tenía una capacidad militar enorme. No sólo fue porque tuviera una serie de tácticas que los aventajaban con respecto a sus contrincantes, sino también porque poseía una organización militar muy compleja. El Senado establecía la estrategia a seguir, con lo que articulaba toda la acción bélica. Aunque el mando era delegado en un cónsul; quien seguía las directrices de la cámara, que en ocasiones eran interpretadas laxamente. Los diversos pueblos celtíberos tenían consejos de ancianos y de jóvenes, por lo que la toma de decisiones, la organización de los rangos, etc., era más lenta. El concepto de la guerra que tenía Roma era mucho más avanzado que el que poseían los celtíberos, debido al carácter tribal de sus sociedades. Éstos son aspectos que evidencian algunas de las grandes diferencias a la hora de afrontar la guerra los romanos y los celtíberos.

Por otra parte, Roma, aunque era una República muy pujante en todos los sentidos, tuvo bastantes problemas a la hora de someter a los pueblos hispanos, especialmente a los celtíberos. Esto se debió en primer lugar a que, evidentemente, los celtíberos aprovecharon el conocimiento de las características de su territorio para oponerse a los romanos. Pero también se debió a su propia tradición militar y a la importante influencia que recibieron de los ejércitos cartagineses. De hecho, su forma de combatir tanto individualmente como organizado en pequeñas y grandes unidades tenía bastantes similitudes con la del romano. Esto explica por qué existieron tantas dificultades para Roma durante la conquista, y también el hecho de que la República se abasteciera de armas íberas y celtíberas y tomara a algunas de ellas como modelos para adaptarlos a su uso (el *gladius hispaniensis*, el *pugio*...).

Otra consecuencia destacada fue el episodio final de la guerra numantina y la construcción del famoso cerco por parte de Escipión Emiliano, que demostró por una parte la tenacidad de Roma, pero también su miedo a la posibilidad de enfrentarse en campo abierto a una etnia tan belicosa, que ya había derrotado en diversas ocasiones a curtidors generales romanos.

En definitiva, este episodio de la Historia ha de ser estudiado con objetividad. Las Fuentes clásicas son documentos inestimables, ya que sin ellas no conoceríamos los acontecimientos bélicos, referencias geopolíticas, aspectos sociales, costumbres, incluso anécdotas, etc., que nos ofrecen mucha información y dotan de interés a este tema. Sin embargo, la Arqueología a nivel general, y más concretamente la llamada Arqueología Militar, deben también servir de guía para localizar e interpretar nuevos datos que pueden completar nuestros conocimientos sobre cuestiones que podrían parecer ya agotadas.

4. BIBLIOGRAFÍA

- Abascal, Juan Manuel (2015): “Hispaniae Captae. La primera ordenación provincial romana de las Hispanias”. En *Los Escipiones: Roma conquista Hispania*. Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Regional, pp. 245-258.
- Baquedano, Enrique y Arlegui, Marian (eds.) (2017): *Schulten y el descubrimiento de Nymantia*. Madrid: BOCM.
- Bellón Ruiz, Juan Pedro, Ruiz Rodríguez, Arturo, Molinos Molinos, Manuel, Rueda Galán, Carmen, Gómez Cabeza, Francisco (coords.) (2015): *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: arqueología de una batalla*. Jaén: Publicaciones de la Universidad de Jaén, Vicerrectorado de Proyección de la Cultura, Deportes y Responsabilidad Social.
- Bendala, Manuel (ed.) (2015): *Los Escipiones: Roma conquista Hispania*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- Blázquez, José María (1999): “Campamentos en la meseta hispana en época romano republicana”. En *Las Guerras Cántabras*, Santander, Fundación Marcelino Botín, pp. 54-118.
- García Riaza, Enrique (2006): “La expansión romana en Celtiberia”. En F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior*. Zaragoza, Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 81-94.
- Jimeno, Alfredo (coord.) (2017): *Numancia eterna. 2150 aniversario: la memoria de un símbolo*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Jimeno, Alfredo y Chaín, Antonio (2017): “La guerra numantina: cerco y conquista de Numancia”. En *Numancia eterna. 2150 aniversario: la memoria de un símbolo*. Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 237-250.
- Jimeno, Alfredo, Revilla, M^a Luisa, Torre, José Ignacio de la, Chaín, Antonio, Licerias, Raquel (2017): *Guía arqueológica. Numancia, Garray (Soria)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Eujoa Artes Gráficas.
- Lorrio, Alberto José (2005): *Los celtíberos*. Madrid: Real Academia de la Historia.

- Morillo, Ángel y Morales, Fernando (2015): “Campamentos romanos de la guerra de Numancia: la circunvalación escipiónica”. En *Los Escipiones: Roma conquista Hispania*. Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Nacional, pp. 275-297.
- Morillo, Ángel, Morales, Fernando, Durán, Rosa María (2017): “Schulten y los campamentos romanos republicanos en Hispania: una mirada desde el siglo XX”. En *Schulten y el descubrimiento de Nymantia*. Madrid, BOCM, pp. 174-201.
- Olcoz, Serafín y Medrano, Manuel (2010): “Los celtíberos y la ubicación de Celtiberia en el relato de la Segunda Guerra Púnica, de Tito Livio”. En *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, XXIII, pp. 307-340.
- Olcoz, Serafín y Medrano, Manuel (2013): “Las primeras incursiones cartaginesas y romanas en el Valle Medio del Duero”. En *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, XXIII, pp. 19-29.
- Quesada, Fernando (2003): “El legionario romano en época de las Guerras Púnicas: Formas de combate individual, táctica de pequeñas unidades e influencias hispanas”. En *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, XVI, pp. 163-196.
- Quesada, Fernando (2006): “Armamento indígena y romano republicano en Iberia (Siglos III-I a.C.): Compatibilidad y abastecimiento de las legiones republicanas en campaña”. En A. Morillo (ed.), *Arqueología Militar Romana en Hispania, II: producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León, Servicio de publicaciones: Ayuntamiento de León, pp. 75-96.
- Quesada, Fernando (2006): “Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153”. En F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior*. Zaragoza, Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 149-167.
- Quesada, Fernando (2007): “Hispania y el ejército romano republicano. Interacción y adopción de tipos metálicos”. En *Sautuola: Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola*, XIII, pp. 379-402.
- Quesada, Fernando (2009): “La guerra en la cultura ibérica”. En M. Almagro (ed.), *Historia Militar de España I*. Madrid, Laberinto, pp. 111-130.
- Quesada, Fernando (2011): “Guerrilleros in Hispania? The myth of Iberian guerrillas against Rome”. En *Ancient Warfare*, II, pp. 46-52.

Quesada, Fernando (2011): “Military developments in the Late Iberian Culture (c. 237- c. 195 BC): Mediterranean influences in the Far West via the Carthaginian military”. En N. Sekunda y A. Noguera (eds.), *Hellenistic warfare I*. Valencia, Instituto valenciano de Estudios Clásicos, pp. 207-257.

Quesada, Fernando (2015): “El armamento hallado en el campo de batalla de las Albahacas-Baecula”. En J.P. Bellón, A. Ruiz, M. Molinos, C. Rueda y F Gómez (coords.), *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: arqueología de una batalla*. Jaén, Publicaciones de la Universidad de Jaén, Vicerrectorado de Proyección de la Cultura, Deportes y Responsabilidad Social, pp. 311-396.

Richardson, John S. (1986): *Hispania y los romanos*. Barcelona: Crítica.

Rodríguez Díaz, Alonso, Pavón Soldevila, Ignacio, Duque Espino, David M. (eds.) (2017): *Numancia eterna: 2150 aniversario. La memoria de un símbolo*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Sancho, Antonio (1976): “En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal”. En *Habis*, VII, pp. 75-110.

Sekunda, Nicholas (1996): *Republican Roman Army 200-104 B.C.* London: Osprey Publishing.

Sopeña, Gabriel (2017): “Emiliano en el Ebro: el camino hacia Numancia”. En *Schulten y el descubrimiento de Numancia*. Madrid, BOCM, pp. 164-173.

Zerbini, Livio (2014): *Storia dell'esercito romano*. Bolonia: Odoya.

Zhmodikov, Alexander (2000): “Roman Republican heavy infantrymen in battle (IV-II B.C.)”. En *Historia*, 49.1, pp. 67-79.

- Fuentes clásicas

Polibio: *Historias. Libros V-XV. Traducción y notas de Manuel Balasch Recort*. Madrid: Gredos, 1981.

Apiano: *Sobre Iberia y Aníbal (Iberike)*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.

- Webgrafía

<https://anareyessite.files.wordpress.com/2015/08/wp-id-wp-1440409673944.jpeg>

<https://benazorin.wordpress.com/2011/05/04/los-iberos/>

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Pilum_Nordisk_familjebok.jpg

<https://rosarioscabota.wordpress.com/2008/09/29/87/>

<http://w3.salemstate.edu/~jaske/courses/readings/images/celtiberos/>

<https://www.pinterest.es/pin/470555861042257133/>

<http://www.romancoins.info/MilitaryEquipment-pugio.html>

<https://www.artstation.com/artwork/O9EWb>

<https://www.uv.es/alabau/gye/campamento.htm>

5. ANEXOS

- GLOSARIO

Caetra: escudo circular pequeño. Era utilizado habitualmente en la Península por los íberos y celtíberos. Se asemeja al escudo circular de los *velites* romanos.

Casco de tipo *Montefortino*: tipo de casco propio de la Segunda Edad del Hierro del norte de Italia que es adoptado por los ejércitos romanos durante la República. De casquete semiesférico rematado en un botón circular y con un protector para la nuca.

Gladius hispaniensis: espada recta y ancha de doble filo. Corta, de entre 40 a 65 cm. Aunque existen dudas sobre su origen, la historiografía y las fuentes colocan su origen en *Hispania*. Actualmente se cree que su origen pudo estar en la Galia, debido a su parecido con las espadas de tipo La Tène I.

Hastati: cuerpo de infantería pesada romano. Se caracterizaba por su posición en primera línea. De entre su armamento destacaba el uso del *pilum* y *gladius* como armas ofensivas, y *scutum*, casco tipo Montefortino y placa metálica para proteger el pecho como armas defensivas.

Principes: cuerpo de infantería pesada romano. Se colocaba en segunda línea de batalla, tras los *hastati*. Utilizaban un armamento similar al de los *hastati*, aunque, al ser más pudientes, algunos llevaban cota de malla y decoraban su casco con bajorrelieves y plumas.

Pugio: daga corta y ancha, biglobular. Era utilizada por los legionarios romanos, y su origen se encuentra en la daga biglobular celtibérica, adoptada por los romanos durante los episodios finales de las Guerras Celtibéricas.

Solifereum: tipo de jabalina usada por los celtíberos. Destacaba porque estaba hecho completamente de metal. Era muy fina y alargada y se quebraba fácilmente.

Strategos: general en jefe de los ejércitos. Concepto de origen griego, fue tomado por los romanos. Poseía el mando del ejército y era el responsable de su organización., de su éxito o de su fracaso. En Roma, era elegido por el Senado y debía supeditarse a sus órdenes.

Triarii: cuerpo de infantería pesada romano. Situado en la tercera y última línea de batalla, era el cuerpo más veterano y más pudiente, y también el menos numeroso. Portaban una

lanza llamada *hasta*, y su panoplia defensiva era mucho más completa que la del resto de cuerpos.

Velites: cuerpo de infantería ligera romano. No entraba dentro de los esquemas habituales de formación de batalla, sino que se colocaba según el interés del *strategos*. Llevaban un armamento muy ligero que incluía una espada y un escudo circular. Su utilidad en el ejército era el de recorrer grandes distancias en poco tiempo y apoyar a la infantería pesada. Formaban una parte importante del ejército romano republicano, aproximadamente el 20% de los efectivos totales de una legión.

Xyphos: espada de origen griego. Se asemeja al *gladius hispaniensis* en tamaño y anchura. Fue utilizada por los hoplitas de las falanges griegas, aunque su función era secundaria, ya que su arma ofensiva principal era la lanza larga.

- APARATO GRÁFICO



Figura 1. Territorio controlado por Roma dividido en las dos provincias (*Citerior* y *Ulterior*) alrededor del 195 a.C. (<https://rosarioscabota.wordpress.com/2008/09/29/87/>).

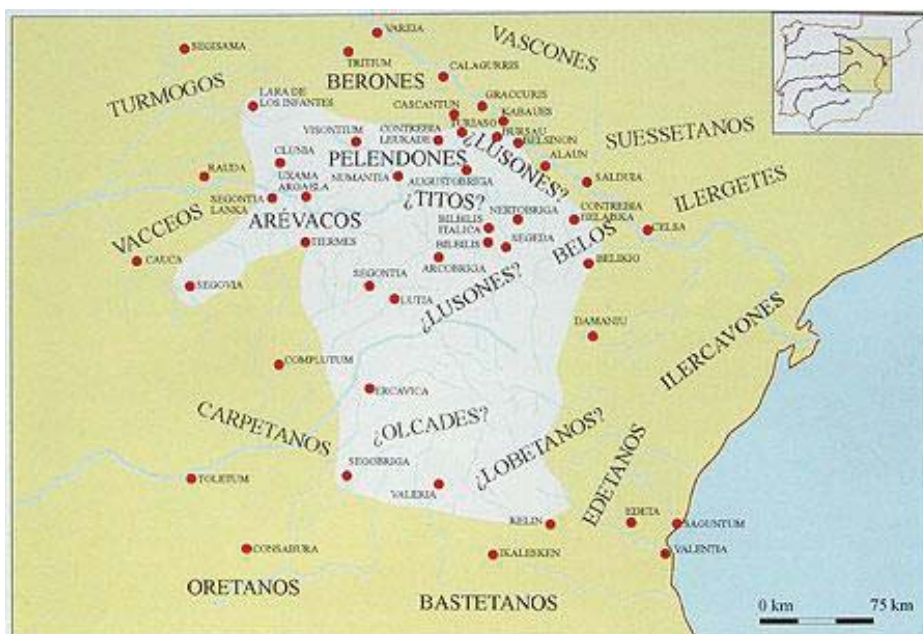


Figura 2. Territorio geográfico de los celtíberos en la península ibérica (<http://w3.salemstate.edu/~jaske/courses/readings/images/celtiberos/>).

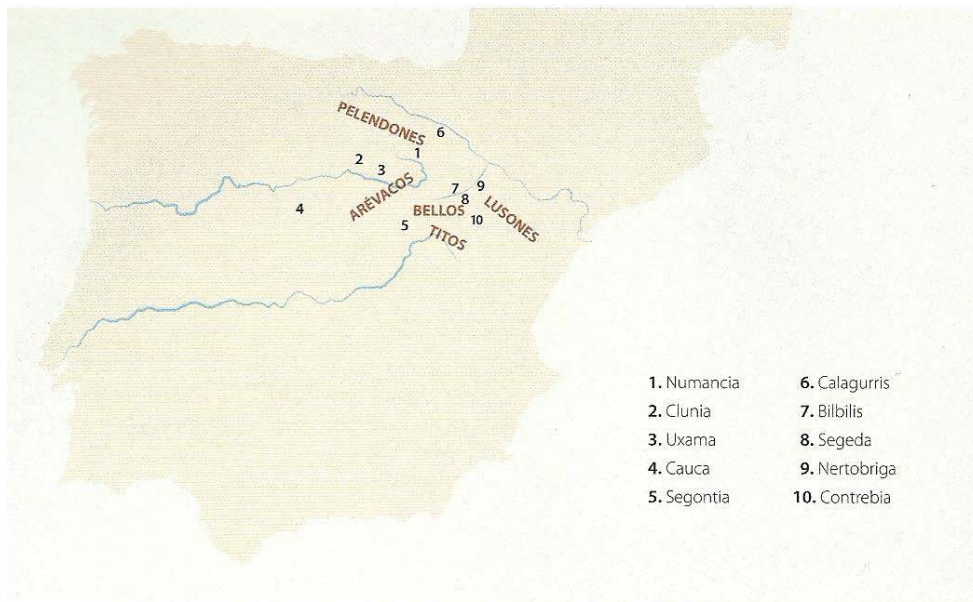


Figura 3. Pueblos celtíberos en la provincia de Soria (Jimeno *et alii*, 2017: 54).

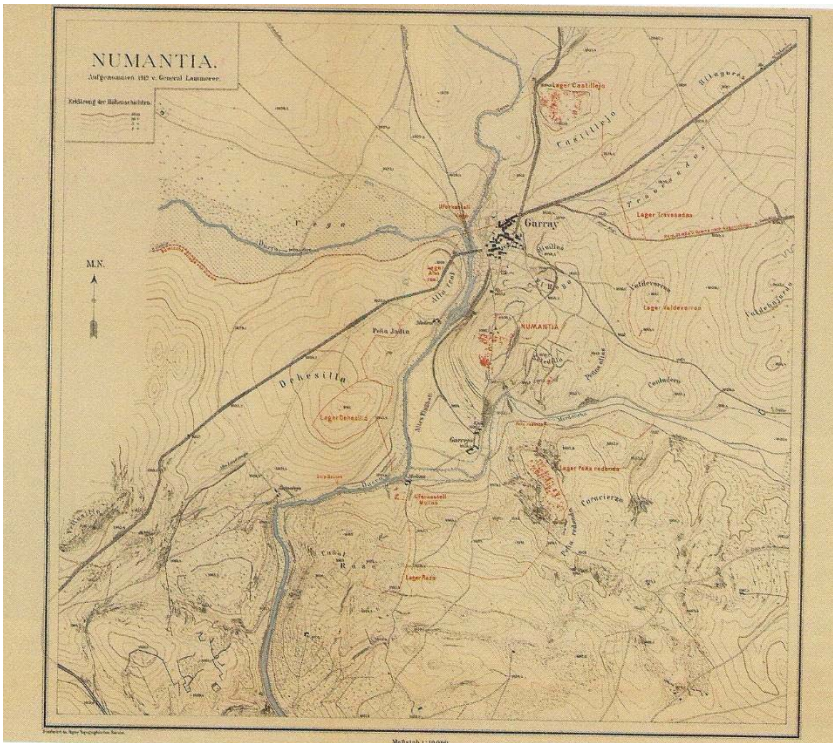


Figura 4. Mapa de los campamentos romanos del cerco a Numancia, elaborado por Schulten (Baquedano y Arlegui (eds.), 2017: 188).

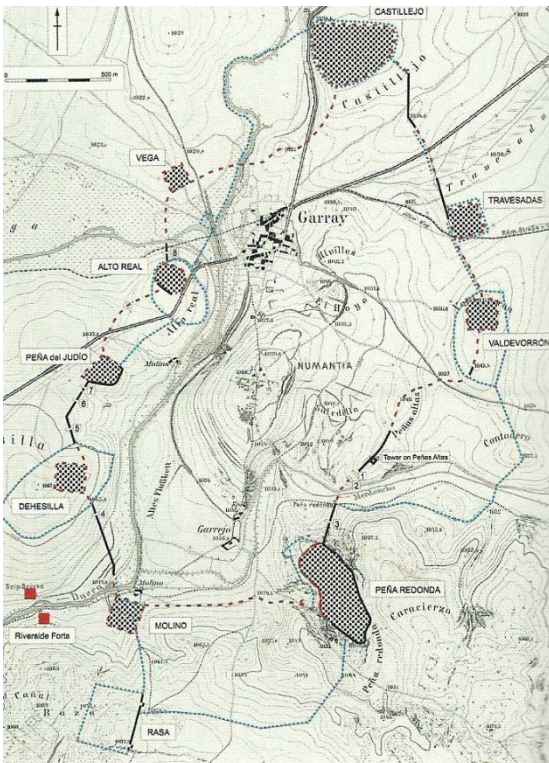


Figura 5. Mapa de los campamentos romanos del cerco a Numancia, actualizado en los últimos años (Jimeno (coord.) 2017: 243).

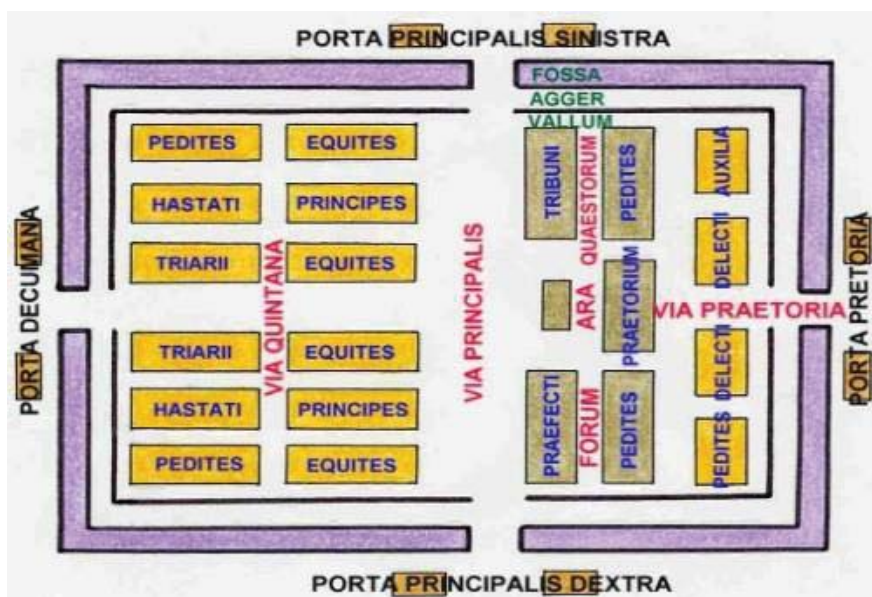


Figura 6. Esquema de un campamento romano republicano ideal (<https://www.uv.es/alabau/gye/campamento.htm>).

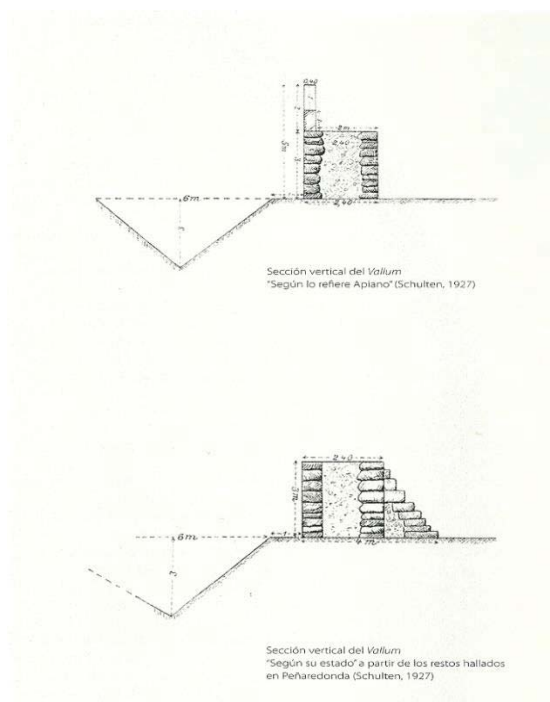


Figura 7. Vallum del cerco a Numancia según Apiano (arriba) y según lo que encontró Schulten (abajo) (Jimeno *et alii*, 2017: 109).

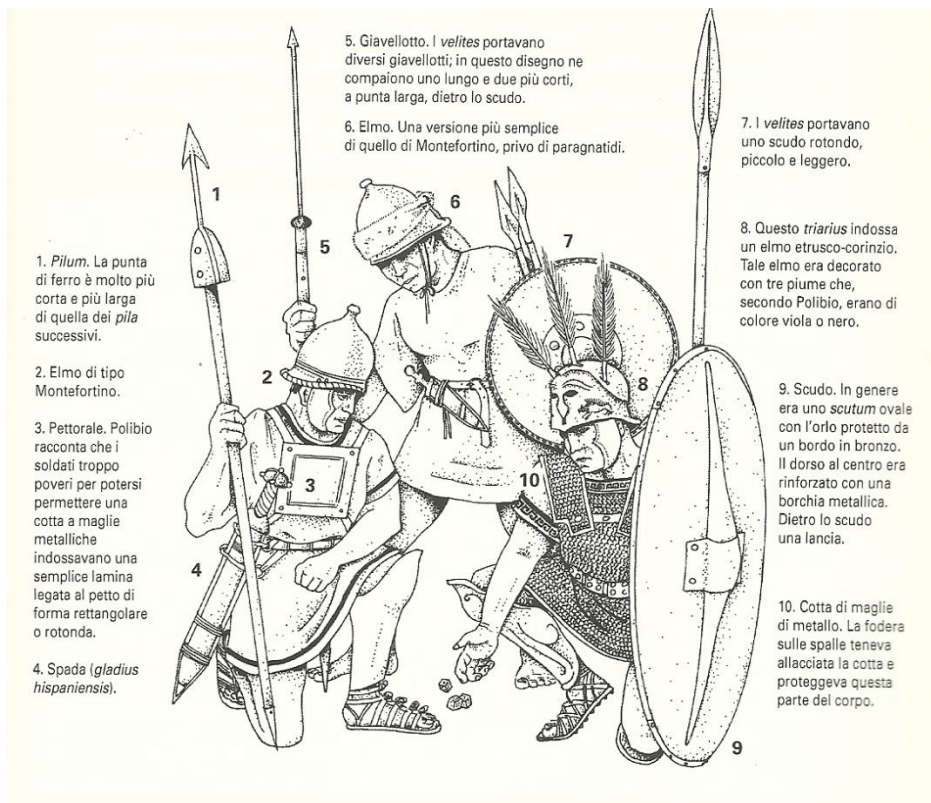


Figura 8. Ejemplo de tipología de soldados romanos según su indumentaria y armamento. A la izquierda está un *hastati*; en el centro un *velites* y agachado a la derecha un *triarii* (Zerbini, 2014: 129).



Figura 9. Ejemplo de un *xyphos* de origen griego (<https://anareyessite.files.wordpress.com/2015/08/wp-id-wp-1440409673944.jpeg>).



Figura 10. Ejemplo y reconstrucción de un gladius hispaniensis (<https://www.artstation.com/artwork/O9EWb> Copyright: Juan Torrejón).

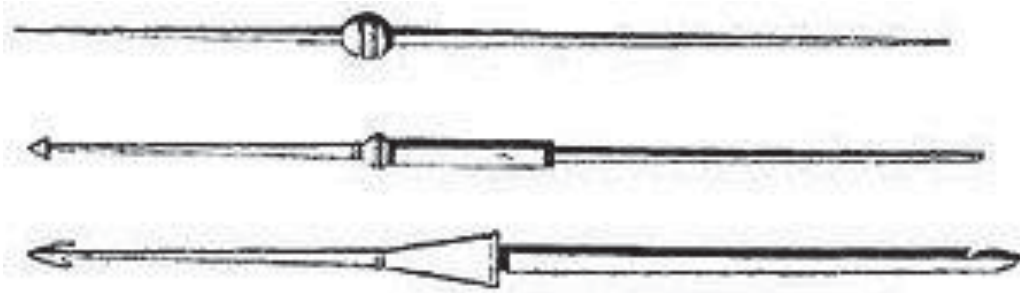


Figura 11. Tipos de *pila* (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Pilum_Nordisk_familjebok.jpg).



Figura 12. *Soliferreum* celtibérico (<https://benazorin.wordpress.com/2011/05/04/los-iberos/>).



Figura 13. Caso de tipo Montefortino del Pago de Gorrita (<https://www.pinterest.es/pin/470555861042257133/>).

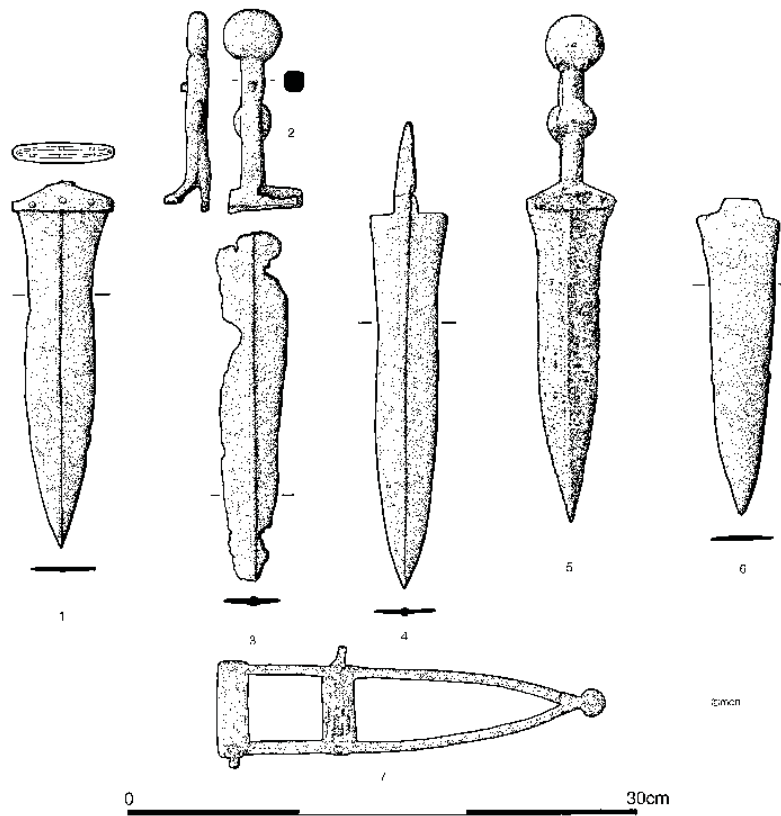


Figura 14. Ejemplos de *pugio* romano (<http://www.romancoins.info/MilitaryEquipment-pugio.html>).